

**Director:**

Juan Villegas University of California, Irvine

**Secretaria de Redacción:**

Alicia del Campo California State University, Long Beach

**Secretaria de Administración:**

Patricia Villegas University of California, Los Angeles

**Comité Asesor:**

Nel Diago Universidad de Valencia  
José María Diez-Borque Universidad Complutense de Madrid  
Eva Golluscio de Montoya Université de Toulouse-Le Mirail  
María Herrera-Sobek University of California, Santa Barbara  
Polly Hodge Chapman University  
Jorge Huerta University of California, San Diego  
Wolfgang Iser Universität Konstanz/Univ. of California, Irvine  
John Kronik Cornell University  
Gerardo Luzuriaga University of California, Los Angeles  
Seymour Menton University of California, Irvine  
César Oliva Universidad de Murcia  
Osvaldo Pellettieri Universidad de Buenos Aires  
Mario A. Rojas The Catholic University of America  
Francisco Ruiz-Ramón Vanderbilt University  
Antonio Tordera Universidad de Valencia  
Alfonso de Toro Universität Leipzig  
Fernando de Toro The University of Manitoba  
Claudia Villegas-Silva University of California, Los Angeles

**Diseño de logo:**

Andrés Hinojosa Castillo

# ***GESTOS***

## **Teoría y Práctica del Teatro Hispánico**

---

**Año 15, N° 29, Abril  
2000**

## GESTOS agradece

a los amigos que la apoyan en su calidad de patrocinantes:

Elba Andrade	Polly Hodge
Alejandro M. López	Matías Montes-Huidobro
Adela Morales	Lola Proaño-Gómez
Carolina y Ernesto Sanguinetti	Rima de Vallbona

la contribución de:

Department of Spanish and Portuguese, University of California, Irvine.  
School of Humanities, University of California, Irvine.

### Corresponsales:

Heidrum Adler (Alemania)  
Leonardo Azparren Giménez (Venezuela)  
José Roberto Cea (El Salvador)  
Grégor Díaz (Perú)  
Daniel Gallegos (Costa Rica)  
Eduardo Guerrero (Chile)  
Hugo Hiriart (México)  
Roger Mirza (Uruguay)  
José Molinaza (República Dominicana)  
Osvaldo Obregón (Francia)  
Osvaldo Pelletieri (Argentina)  
Gerardo Piña-Rosales (Nueva York)  
Roberto Ramos-Perea (Puerto Rico)  
María Francisca Vilches de Frutos (España)

## Indice

### ENSAYOS

Ramón X. Roselló	De la ficción teatral a la interacción escénica o qué enseñar para el análisis del teatro	9
Kurt Spang	<i>Muérete ¡y verás!:</i> cómo nace una figura dramática	25
Ric Knowles	Making Meaning in the Late-Capitalist Cultural Economy of the International Theatre Festival	39
Susan L. Fischer	<i>Fin de siècle</i> Celestina on Stage: Whose Text Is It, Anyway?	56
Leonardo Azparren Giménez	Rodolfo Santana: Marginalidad, poder y crisis de las ideologías de los sesenta	76

### TEXTO INEDITO: *Matías Montes Huidobro*

<i>Las Paraguayas</i>	99
-----------------------	----

### Festivales y Encuentros

Wilma Feliciano	<i>La captura y muerte de Atawalpa.</i> Sapallanga, Perú. 1998	143
Ian Watson	PromPerú y la Novena Reunión del Teatro de Grupo en Ayacucho, Perú	149
Willy Muñoz	Segundo Festival Internacional de Teatro "Santa Cruz de la Sierra"	164
Lola Proaño-Gómez	Del XIV Festival Iberoamericano de Teatro de Cádiz	171
Silvia Pellarolo	Cádiz: III Encuentro de mujeres de Iberoamérica en las artes escénicas	182

## Puestas en escena

- Marina Sikora: *El saludador* o la persistencia del realismo 185  
Laura Mogliani. Una estética versión de *Galileo Galilei*  
de Bertolt Brecht 189  
Grégor Díaz  
*El Gran Teatro del Mundo* en la Plaza Mayor de Lima 194

## RESEÑAS 197

- Dolores Romero López  
José Romera Castillo y Francisco Gutiérrez Carbajo (Editores)  
*Teatro histórico (1975-1998): Textos y representaciones* 197  
Kirsten Nigro  
Juan Villegas (Editor). *Propuestas escénicas de fin de siglo: FIT 98* 200  
Michael McGaha  
Michael Kidd. *Stages of Desire. The Mythological Tradition  
in Classical and Contemporary Spanish Theater* 204  
Bernardo Antonio González  
Jim McCarthy. *Political Theatre during the Spanish Civil War* 206  
  
*Libros recibidos* 210

# ENSAYOS



Escena de *El Quijote* presentado por el grupo  
La Candelaria, Colombia,  
dirigido por Santiago García  
Festival Iberoamericano de Teatro, Cádiz 1999

Textos teatrales publicados en *GESTOS*:

- Alfonso Sastre. *Jenofa Juncal, la roja gitana del monte Jaizkibel*, 1 (Abril, 1986)  
Osvaldo Dragún. *Los hijos del terremoto*. 2 (Noviembre, 1986)  
Jorge Díaz. *Dicen que la distancia es el olvido*. 3 (Abril, 1987)  
Fernando Arrabal. *Puerto Rico My Heart Devotion*. 4 (Noviembre, 1987)  
Griselda Gambaro. *Antígona furiosa*. 5 (Abril, 1988)  
Antonio Gala. *Cristóbal Colón*. 6 (Noviembre, 1988)  
Vicente Leñero. *Nadie sabe nada*. 7 (Abril, 1989)  
Concha Romero. *Un maldito beso*. 8 (Noviembre, 1989)  
Eduardo Rovner. *Compañía*. 9 (Abril, 1990)  
Roberto Ramos-Perea. *Mistiblú*. 10 (Noviembre, 1990)  
Enrique Buenaventura. *Proyecto Piloto*. 11 (Abril, 1991)  
Fanny Buitrago. *Final del Ave María*. 12 (Noviembre, 1991)  
Manuel Puig. *Triste golondrina macho*. 13 (Abril, 1992)  
Rodolfo Usigli. *Estreno en Broadway*. 14 (Noviembre, 1992)  
Guillermo Schmidhuber. *Obituario*. 15 (Abril, 1993)  
Sergio Arrau. *Mi Vallejo: París . . . y los caminos*. 16 (Noviembre, 1993)  
Cristina Escofet. *Señoritas en concierto*. 17 (Abril, 1994)  
Antonio Ruiz Onetti. *Salvia*. 18 (Noviembre, 1994)  
José Triana. *Revolico en el Campo de Marte*. 19 (Abril, 1995).  
Hugo Salcedo. *BULEVAR*. 20 (Noviembre, 1995)  
Rodrigo García: *Obras Cómicas: La dorada, Vencedor y vencido, Carnicero español*. 21 (Abril, 1996)  
Víctor Varela: *El Arca*. 22 (Noviembre, 1996)  
Jorge Díaz. *Memoricidio de Jorge Díaz*. 23 (Abril, 1997)  
Juan Mayorga. *El hombre de oro*. 24 (Noviembre, 1997)  
Carles Alberola. *Mandíbula Afilada*. 25 (Abril, 1998)  
Juan Radrigán. *El Príncipe Desolado*. 26 (Noviembre, 1998)  
Guillermo Reyes. *Deporting the Divas*. 27 (Abril, 1999)  
Raquel Carrió y Flora Lauten. *Otra Tempestad*. 28 (Noviembre, 1999)  
Matías Montes-Huidobro. *Las paraguayas*. 29 (Abril, 2000)

Back issues of *GESTOS*: US \$ 12.50.

Special price for orders of 5 or more copies: \$ 7.50 each

*GESTOS. Teoría y práctica del Teatro Hispánico*

Department of Spanish and Portuguese. University of California, Irvine CA 92697

(949) 824-7171 Fax: (949) 552-4820 e-mail: [gestos@uci.edu](mailto:gestos@uci.edu)

<http://www.hnet.uci.edu/spanishandportuguese/GESTOS>

Matías Montes-Huidobro

LAS PARAGUAYAS

Para Alberto  
Con un abrazo y  
deseándole éxitos  
Matías

*Escribo Las paraguayas en 1987 inspirado por un viaje que realizo a Paraguay y que me produce un fuerte impacto emocional. No intento, sin embargo, hacer teatro histórico y mucho menos proponer una interpretación del carácter nacional. Simplemente el paisaje y los hechos sangrientos asociados con la historia del Paraguay, que reflejan otros territorios, me sirvieron de fuente de inspiración. En particular, las pérdidas de vida durante la guerra del Chaco, el hambre, las enfermedades y la desolación subsiguientes, y el hecho aparente de que las mujeres sobrevivieran a los hombres en un porcentaje mucho mayor, recayendo necesariamente sobre ellas el proceso de reconstrucción y repoblación del país (inclusive en el caso de que los criterios estadísticos e históricos discrepen sobre el particular) me pareció que ofrecían un material dramático inusitado. A esto se une el hecho masculino de la tiranía y la violencia bélica, que lleva a la destrucción, en oposición a la función constructiva de la mujer. La modernidad, inclusive feminista, de esta opción histórico-dramática me parece excepcional. Las resonancias de todo esto pueden ampliarse a todo el ámbito latino-americano, víctima frecuente de tiranías, guerras y destrucción, reflejo a su vez de gran parte de la violencia de la historia contemporánea.*

*Esta obra está concebida con un sentido plástico que es imprescindible mantener en la puesta en escena. En ciertas secuencias, la obra requiere movimientos de carácter coreográfico y elementos musicales, siendo conveniente una partitura preparada al efecto, con uso de la flauta, el violín y el arpa.*

## PERSONAJES

La Paraguaya	La Diosa del Iguazú
La Asunción	El Muerto
La Ipacarái	El Golfo
La Magdalena	El Torvo
Porota	El Viejo
Palta	El Hombre

## PRIMER ACTO

*Crepúsculo rojizo. El escenario parece ser una gran mancha de sangre. Tonalidades rojizas, entre sangrientas y arcillosas, lo envuelven todo. Al centro, de pie, con la cabeza inclinada, está "La Paraguaya." "La Magdalena," "La Asunción," Porota y Palta cavan una fosa al lado izquierdo del escenario. Todas visten túnicas andrajosas, manchadas de arcilla y de sangre. Un asta, con una bandera tricolor, azul, blanca y roja, de franjas horizontales, está clavada junto a la fosa. Como si hubiera sido arrastrada por el fango, está tan manchada de sangre y arcilla que más bien parece una bandera colorada. Delante de la fosa, un madero cortado. Tirada en el piso, una cruz de madera, no muy grande. Al lado derecho del escenario, sobre el seco tronco de un árbol, yace El Muerto. Un manto blanco, también manchado de sangre, cubre su desnudez, el vientre y los muslos. Los pies, las piernas, el torso y los brazos, están al desnudo. Los brazos caen inertes a ambos lados del cuerpo. Se escucha, distante, un clarín. También se oyen lejanas detonaciones. El clarín permanece, penetrante. Se le superpone un canto coral de carácter religioso con fondo de arpa. Finalmente se oye una flauta indígena acompañada de un casi remoto lamento de violín. Con estos elementos, incluyendo ocasionales sonidos de metralla, se va componiendo una sinfonía, especie de música concreta, una anti-música ocasionalmente melódica pero más frecuentemente disonante, que sirve de fondo musical, siempre muy remoto. Por un rato las mujeres cavan en silencio.*

La Magdalena:	¡No sé cuándo acabaremos de enterrarlos a todos!
Palta:	Tal vez entonces podamos descansar, que ya es hora.
La Asunción:	¿Cuántos nos quedan todavía?
La Magdalena:	No sé ni lo quiero saber. Me canso sólo de pensarlo.
La Asunción:	Habremos enterrado un centenar.
La Magdalena:	Un millar diría yo.
Porota:	( <i>Con sarcasmo.</i> ) ¡Un millón de muertos!
La Magdalena:	¡Qué masacre!
Palta:	¡Qué manera de matar!
La Asunción:	¡Qué guerra tan inútil!
La Magdalena:	Todas lo son.
Porota:	Bien pudo quedarse uno para cavar la fosa.
Palta:	Nos estarían cavando una a una.
Porota:	Pero de otro modo.
Palta:	Así jodían cuando estaban vivos.

- Porota: Para eso no se cansaban nunca.
- La Magdalena: No deberían hablar así delante de Asunción, que no sabe nada de eso.
- Palta: Puede hacerse una idea. Ya ella les ha visto lo que traen.
- Porota: Querrás decir lo que traían.
- La Magdalena: De todos modos, no ha quedado ninguno que pueda hacerle daño. Quizás nada tenga que aprender.
- Palta: Sí, ojalá que no sea ninguna Magdalena arrepentida.
- La Magdalena: (*Con la mirada endurecida.*) Sería mucho mejor guardar silencio.
- Porota: Por si las moscas es mejor andar con el ojo alerta pero cerrado. Bicho malo nunca muere y hay muertos que no hacen ruido pero juegan con el escobillón. Asunción estará libre de culpa, pero algo habrá aprendido con la anatomía de los cadáveres. Sólo falta el milagro de la fisiología, que es la otra mitad.
- Palta: La que cuenta, al fin y al cabo.
- La Asunción: No hablen así.
- Porota: Cuidado con el "levántate y anda."
- Palta: Será cosa de echarse a correr, porque las ganas no vendrán caminando.

*Se escucha un agudo lamento de violín. Todas se inmovilizan por un momento. La Paraguaya siente una fuerte sacudida. A partir de este momento los efectos sonoros funcionarán como fondo a sus movimientos; eco, nunca atronador, que determinará su distorsionada coreografía. De esta forma se inicia la coreografía ritual de La Paraguaya.*

*Esta coreografía se encuentra dividida en tres tiempos: Adoración ("Padre"), Cópula ("Hombre"), Parto ("Hijo"), iniciándose en este momento el primero de los tres.*

- Palta: (*Refiriéndose a La Paraguaya.*) Mira a la mosquita muerta. Se hace la epiléptica y se disfraza con la sacudida, pero ya sabes la pata de que cojea. Pronto estará enseñando el culo.
- Porota: Como si tuviera a quien enseñárselo.
- Palta: Se buscará una piedra, que no hay cosa más dura.
- Porota: Y no se ablanda.
- Palta: Ni se la comen los gusanos, que ahora se dan banquete con las piltrafas.

*La distante metralla produce en La Paraguaya intensas sacudidas. Se desploma y después se arrodilla. Arrodillada se mueve en círculos en el*

*escenario.*

- La Asunción: No hablen así. No digan eso.
- Porota: Para eso tenemos lengua.
- Palta: Y culo también.
- Porota: Para cagar cuanto decimos.

*Rien Porota y Palta.*

- Porota: (*Refiriéndose a La Paraguaya.*) Ahora hace de "La Paraguaya" en Oración," pero si le dan el dedo de un muerto se lo lleva al hoyo, aunque lo tenga hecho añicos.
- Palta: Si le queda un cacho de rabo, lo hará crecer como el de las lagartijas.
- Porota: Lo moverá por su cuenta, pero no tan blando.
- Palta: ¡Qué modo de consolarse!

*Palta y Porota vuelven a desternillarse de la risa. Tiran las palas y van a sentarse en el madero. La Magdalena y La Asunción dejan de cavar.*

- La Magdalena: (*Refiriéndose a Porota y a Palta.*) Son unas puercas. Apestan más que los muertos.
- La Asunción: (*Refiriéndose a La Paraguaya.*) ¿Pero qué mal les ha hecho?
- La Magdalena: No les hagas caso, Asunción.
- La Asunción: Primero perdió a su padre y a todos sus hermanos. A su marido le destaparon la tapa de los sesos y después murieron sus hijos uno tras otro. ¿Es que eso no es sufrir lo suficiente?
- La Magdalena: No escuches. No prestes atención.
- La Asunción: ¿Por qué la gente es tan mala? ¿Por qué los hombres se han matado de ese modo?
- La Magdalena: No sé... No puedo decírtelo... No puedo darte una explicación... Será por costumbre, por tradición... ¿Quién puede entenderlos? Ellos son así. Siempre buscan alguna razón. No habrían querido vivir... ¡Qué sé yo!
- La Asunción: No entiendo. No tiene sentido.
- La Magdalena: Cava. No preguntes más. Hay preguntas que no tienen respuesta. Algún día lo olvidaremos todo y nada tendremos que recordar.
- Palta: (*A Porota, alto, refiriéndose a las otras y para que estas oigan.*) Ahí las tienes, la ignorancia y el olvido. Con esa memoria no iremos a ninguna parte y por eso estamos así. ¡Nos han

desterrado!  
 Porota: ¡Son el hambre y la necesidad! ¡La Virgen de la Ignorancia y Nuestra Señora de los Taparrabos, Protectora de las Vírgenes por Desvirgar!  
 Palta: ¡Madre de los Descamisados, Reina y Mártir de los Bichos Destapados!

*La Magdalena tira la pala y se dirige violentamente hacia donde están Porota y Palta. La Asunción, con la pala en la mano, da unos pasos.*

La Magdalena: ¡Ni las víboras son inmunes a la ponzoña de esas lenguas y el cascabel de las serpientes enmudece ante filo tan viperino! Nunca se ha visto ponzoña tan mortal en escupitajo tan maligno.  
 Porota: ¡Santo Dios, qué manera de desbarrar!  
 Palta: (*A Porota, burlona.*) ¡Oye a esa sinhueso! ¡Qué manera de exagerar los términos y darle a la puta madre! Pero, ¿de dónde lo habrá sacado? ¡Y luego dirá que es una Hija de María!  
 Porota: (*A La Magdalena.*) Y ese lenguaje, Sombra del Arrepentimiento, ¿en qué muelle lo aprendiste? ¿Qué estibador te enseñó esa metáfora de la mala leche?  
 La Magdalena: Ustedes son como las pirañas, que no dejan ni huesos ni pellejo. ¿Por qué tanto encono?  
 Porota: Porque sabemos.  
 Palta: Porque nos ha engendrado.  
 Porota: Porque lo engendraremos.  
 La Magdalena: ¿Por qué tanta maldad?  
 Porota: ¿Y por qué no? ¿Qué razón hay para ser de otro modo? Esta tierra es una desgracia. No es más que un páramo desolado asolado por un viento del norte que nos asfixia y nos enloquece. Nuestra tierra es fértil y rica, pero como si no lo fuera. No da ni dice donde hay.  
 Palta: Estamos hechos de barro. Tenemos esta arcilla rojiza metida hasta los huesos y todo se ha teñido de un manto colorado tejido de arcilla y de sangre. Este cielo rojo es de plomo y no tenemos salida, no podemos ir a ninguna parte.  
 Porota: Estamos entre el río y la selva, entre las pirañas y las serpientes, aplastados por todos los enemigos de la tierra. ¿Qué razón hay para que no tengamos veneno en la punta de la lengua?  
 La Magdalena: Estamos ahora más solas que nunca, rodeadas de enemigos y sin hombres que nos protejan...

Palta: ¿Que nos protejan? No me hagas reír...  
 Porota: Siempre nos han vendido. Las putas del mundo nos han visitado y han sido nuestras reinas.  
 La Magdalena: ¿Por qué no nos ayudamos las unas a las otras?  
 Palta: Porque no hay remedio.  
 La Magdalena: Estamos solas.  
 Porota: Hemos cavado muchos muertos.  
 La Magdalena: Somos mujeres.  
 Porota: Precisamente...  
 La Asunción: (*Tímidamente.*) Santa María, Virgen y Mártir...  
 Palta: (*Violenta, poniéndose de pie.*) ¡Mereces que te cubra con el más emponzoñado escupitajo!  
 La Magdalena: (*Protegiendo a La Asunción.*) ¡Que Dios te ampare!  
 Porota: Miren a La Paraguaya y leerán las señales de los tiempos.  
 La Asunción: Ustedes no deberían hablar así.  
 Palta: ¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro?  
 La Asunción: (*Con sencillez.*) Soy Asunción.  
 Palta: Como si fueras Juana. Razón de más para no meterte en camisa de once varas.  
 La Asunción: (*Refiriéndose a La Paraguaya.*) Ella sufre también.

*La Paraguaya, de rodillas, está a los pies del cadáver. Le besa los pies como se hace con una imagen clavada en la cruz.*

Palta: ¿Y es que nosotras estamos de fiesta?  
 Porota: (*Poniéndose de pie.*) Todas sufrimos lo mismo, pero eso no quiere decir que haya que ser puta por no tener marido. Mira como le lame los dedos, a falta de otra cosa.  
 La Asunción: Pero ese hombre está muerto.  
 Porota: Precisamente, eso es lo que vengo diciendo. Se tira hasta con las piedras. Por eso estamos como estamos.  
 La Magdalena: Eso no es cierto. Todo es mucho más complicado.  
 La Asunción: Ella no tiene culpa de nada.  
 Palta: Eso lo veremos.  
 La Asunción: Ustedes son injustas con ella.  
 Porota: Somos Las Viejas Sabias del Paraná. Las que todo lo sabemos.  
 Palta: Conocemos el secreto de las arpías en su vuelo y el graznido de su muerte.

*Puerilmente casi, le meten miedo a La Asunción, que, atemorizada, retrocede. La Magdalena la protege.*

- La Magdalena: Déjalas, Asunción, no tengas cuidado. En el fondo hay que tenerles lástima porque no conocen otra cosa. Han vivido así mucho tiempo. Han cavado tantas fosas que están cavadas por dentro y ahora no saben hacer otra cosa que cavar cementerios con la lengua.
- La Asunción: Pero tú has cavado también y no eres así. Y yo, aunque soy más joven, también tengo cavados mis cementerios. Aquí todos hemos sufrido. No deberíamos tratarnos de ese modo. No se puede vivir así.
- Magdalena: Es por eso que estamos como muertos.

*Poco a poco se va iniciando el segundo tiempo de la coreografía ritual de La Paraguaya: Cópula ("Hombre.") La Paraguaya pasa a acariciarle las piernas y los muslos al hombre yacente. Abriendo las piernas, lo monta eróticamente, acariciándole el torso y la cabeza. Los brazos inertes del hombre caen a ambos lados del cuerpo y La Paraguaya busca en sus brazos caricias que no pueden hacerse realidad. Todo el erotismo de esta secuencia debe expresarse por movimientos distorsionados, nada realistas, marcados por la frustración, la agonía, la desesperación y la muerte.*

- Porota: *(Separando a La Asunción de La Magdalena, la arrastra hacia donde se encuentra La Paraguaya.)* Oye y entiende lo que te digo. Cuidate de La Magdalena. Aquí no hay más que paraguayas arrepentidas. Nos han perdido antes y nos han perdido después, y lo harán por siempre, aunque tengan el chucho muerto. Te querrán cerrar los ojos para que abras las piernas. Aunque no hagas otra cosa que abrirselas al viento, que no tiene con qué; pero mañana, ¡quién sabe! Lo sé yo por bruja y por vieja, y porque he hablado con las raíces que conocen el secreto rojo de la arcilla, que nos envuelve como si fuera la asfixia de una bandera. Rojos de pies a cabeza, estamos abandonados por la muerte. No escaparás, aunque te adoren en las asunciones de los altares. Te comerán el culo con los dientes.
- Palta: *(Atrapando a La Asunción, que trata de huir, aterrorizada.)* Dirán que la cosa es de Espíritu Santo, pero sólo lo harán para cogerte de pies a cabeza. *(Torciéndole la cabeza hacia La Paraguaya.)* Mira a La Paraguaya que nos pierde y después dice que es la resurrección y la vida cuando todo este paraje no es otra cosa que un cacho de la muerte. Hay que destupirte las entendederas, porque si te descuidas te tupen el caño. Mira a esa lame dedos que no hace más que repetir, "Tened fe y veréis

lo que son milagros." Esos cuentos, Asunción, a esta vieja pelleja que ves aquí también se los hicieron, y cada milagro me ha costado una fosa en el cementerio. Hemos cavado tantas que todos los milagros están muertos, y ojalá que estén muertos y enterrados.

- La Asunción: *(Soltándose.)* ¡Basta! ¡Basta! ¡Déjenme ya!

*En ese momento entra La Ipacarai, agitada, despeinada. A pesar de su mirada llameante y alucinada, despide fuerza, un cierto aplomo y seguridad en sí misma. La túnica se le ve menos manchada, con un tinte gris ligeramente metálico, En la mano izquierda trae una antorcha y con la derecha arrastra un pesado fardo que está lleno de armas. Por un instante las dos mujeres quedan frente a frente, notándose entre ambas un remoto parecido.*

- La Ipacarai: Creí que era yo.

*La Asunción retrocede, confundida. Busca a La Magdalena y corre hacia ella, abrazándola y escondiendo la cabeza.*

- La Ipacarai: Pero fue sólo un espejismo. En realidad es todo lo contrario.

*La Ipacarai deja el fardo junto a la fosa y entierra la antorcha en un promontorio de tierra que hay junto a la misma. Se seca el sudor. Está cansada, pero mira con cierta altivez, casi con audacia. Su figura produce algo de respeto y un poco de miedo. Palta y Porota se apaciguan y adoptan una actitud de falsa humildad. Toman las palas y se ponen a cavar en silencio.*

- La Ipacarai: *(Secándose el sudor.)* Al fin ha terminado todo.
- La Magdalena: ¿Qué quieres decir?
- La Ipacarai: Que todos están muertos.
- La Magdalena: ¿Todos?
- La Ipacarai: Todos. Y aquí traigo las armas, para enterrarlas donde nadie las pueda encontrar. Para que no se vuelvan a matar. Pero no habrá nadie para buscarlas ni para matarse otra vez. He recorrido el páramo de norte a sur, de este a oeste, y no ha quedado nadie. Muertos y enterrados. Para siempre. Por toda la eternidad. Podemos estar tranquilas.
- La Magdalena: Es posible que hayan huido hasta la selva.
- La Ipacarai: Es posible, porque son traicioneros y cobardes. Pero estaban

heridos y hambrientos y la selva hará justicia. La selva no sabe perdonar. No tendrán fuerzas para luchar contra ella, que tiene sus alimañas y sus fieras. Las víboras cumplen con su obligación. Harán su trabajo. Será un trabajo que no tendremos que hacer nosotras.

La Magdalena: Ese tipo de trabajo no lo hago yo.

La Ipacarai: Sí, es cierto. Hubiera tenido que hacerlo yo sola. Sin ayuda de nadie. Pero como la muerte lo hace por mí, no tengo que preocuparme. Soy yo la que he arrancado siempre las malas hierbas, y ése es un trabajo que nadie quiere hacer. Pero éste es el final, el que ellos mismos se buscaron y el principio de todas nosotras...

La Magdalena: ¿Estás segura?

Palta: *(Por lo bajo.)* Se dice, sin embargo...

Porota: *(También por lo bajo.)* Me han dicho, de buena tinta.

La Magdalena: Son nuestros hombres los que están muertos.

La Ipacarai: No serán los míos. Los tuyos tal vez.

La Magdalena: Nuestros padres, nuestros hermanos y nuestros hijos. Sangre de nuestra sangre.

La Ipacarai: Por siglos aquí no se ha hablado de otra cosa. Me engendraron con una gota de sangre, que fue la herida de hermano contra hermano, el producto de la traición y la discordia. Viví con esa historia de odio por detrás, como si fuera una semilla, una gran tara familiar. Desde que nací, en mi casa no había otro tema de conversación. Yo misma no era más que una gota de sangre que buscaba la justicia para que pagara el criminal. Era una lucha de padres contra hijos, de hermanos contra hermanos, y sólo se unían y recordaban a la tribu cuando eran atacados por los de fuera. Nunca he tenido descanso, porque en el crimen nací y en el crimen me educaron. En el crimen y en la mentira. No he tenido hijos ni nunca los tendré, porque primero me arrancarían las entrañas. Pero mi madre los tuvo, y sólo le sirvieron para que le enterraran los puñales de la desolación. Nos sumergieron en el engaño, pero yo sabía la verdad y no hacía más que desangrarme. Ahora se han desangrado ellos. Al fin han tenido su castigo. Que descansen en paz.

La Magdalena: Eres injusta con ellos. Este país está rodeado de enemigos muy peligrosos que nos atacan y quieren que desaparezcamos de la faz de la tierra. Nos quisieron invadir y llegaron con ejércitos más poderosos. Odian lo que fuimos y lo que podemos ser, y no nos perdonan que una vez fuimos el centro de este continen-

te. Nuestros hombres tenían que luchar. Aunque no lo quieras reconocer, también fueron héroes. Y esos héroes son los nuestros.

La Ipacarai: No me hagas reír. Los hombres siempre han dicho lo mismo y cuando quieren matar hacen todos esos cuentos. Tú crees todo lo que les has oído decir, porque lo repetían cada día y nos lavaban el cerebro. Y hasta es posible que ellos hayan creído lo que estaban diciendo. Pero eran unos asesinos, como todos los demás. Maltrataban, explotaban y no tenían misericordia con nadie. Vivían del robo tanto como de la muerte. Y tú lo sabes mejor que yo, porque fuiste su víctima. Te arrastraron por el fango como a tantas otras mujeres y después te abandonaron en tu miseria. ¿Cómo puedes defenderlos? Ya tenían las manos manchadas de sangre por haber luchado unos contra otros, antes de ponerse de acuerdo para matar a los que venían de fuera. Eran igualmente culpables y esta guerra no ha sido otra cosa que una liberación. Me alegro que todo haya sido destrozado, porque era el único modo de hacer justicia. Si eran mis padres y mis hermanos, ya están enterrados.

La Asunción: *(Muy bajo.)* Yo no estoy de acuerdo.

La Ipacarai: Sí, por eso me di cuenta que no era a mí a quien estaba viendo. Tú estás ciega, pero yo puedo ver. Espero que esta vez no tengas que arrepentirte.

La Asunción: Yo nunca me he arrepentido.

La Ipacarai: Eres La Magdalena antes del arrepentimiento y La Paraguaya antes del estrupo. Pero yo soy la más fuerte.

La Asunción: Yo siempre he sido débil.

La Ipacarai: De todos modos ahora tú también podrás descansar. Nadie podrá hacerte daño.

La Magdalena: Pero, ¿cómo vamos a vivir?

La Ipacarai: Viviremos nosotras. Cultivaremos la tierra. Viviremos y moriremos en paz.

La Magdalena: ¿Y los hijos?

La Ipacarai: No serán necesarios.

La Magdalena: ¿Cómo que no serán necesarios? Somos mujeres, Ipacarai. ¿Es que no te das cuentas para lo que estamos?

La Ipacarai: Estamos aquí para vivir. No me irás a decir que estamos para parir. ¿Es que no ha sido suficiente la desolación, la miseria, la esclavitud y la muerte que los hombres nos han dado? Se han matado y muertos van a quedarse, porque para volver a vivir tendrán que pasar primero sobre mi cadáver, o de no ser así,

- viviré para volver a enterrarlos. Ellos se buscaron todo esto y con esto se van a quedar. Y si tenemos que engendrar, engendrarémos solas y engendraremos mujeres solamente.
- La Asunción: (*Débilmente.*) Eso no tiene sentido.
- La Ipacarai: Tú sólo tienes que esperar y guardar silencio.
- La Magdalena: No podrá ser.
- La Ipacarai: Será lo que nosotras queramos que sea.
- La Magdalena: No podrá ser porque no los conoces bien. Pero a mí me han recorrido como larvas, como si yo fuera un cadáver y se estuvieran alimentando de mis restos. ¡Qué poco sabes de ellos! Has recorrido el páramo, los hemos enterrado; has traído las armas con las que se mataron los unos a los otros y vamos a sepultarlas como hemos hecho con ellos. Y, sin embargo, todo será inútil. Conozco a los hombres demasiado bien, porque los he tenido en mis entrañas, enroscados como víboras. Tú no, y es por eso que para ti es tal vez más fácil. Estamos rodeados por la selva, que es implacable, como tú dices, y hará justicia en lo que esté a su alcance. Pero los hombres podrán más todavía, porque la han recorrido antes y la recorrerán después, y porque una vez la conquistaron para que nunca más pudiéramos vivir en paz. Nada podemos hacer contra ese fango que resbala por las laderas de las montañas, se desliza hacia abajo, como un torrente, y nos cubre a traición y nos acaba haciendo lo que somos. Desde allí nos acechan, enroscados en los árboles, como serpientes.
- La Ipacarai: No hables por mí. Yo soy yo, y no estoy hecha a la medida de ellos ni de su misma materia. Podrán ser la perdición de ustedes. La perdición tuya por débil, la de Asunción por inocente, y la de La Paraguaya por lo que sea, pero primero los perderé yo a ellos.
- La Magdalena: Estás perdida porque esa será su forma de perderte.

*La Ipacarai se pierde en la penumbra. La Magdalena hace otro tanto en dirección opuesta. Mientras tanto, La Paraguaya ha ido llegando al tercer tiempo de su movimiento coreográfico-ritual: Parto ("Hijo.") Cubriendo la cabeza del Hombre con la túnica, deja caer el cuerpo hacia atrás. Colocada boca arriba sobre el Hombre, el vientre arqueado, produce un efecto de preñez. La cabeza, hacia atrás, cae a los pies del Hombre. Porota y Palta dejan de cavar. Se acercan a La Paraguaya.*

Porota: ¡Puerca! ¡Marrana! ¡Pasó lo que tenía que pasar!

- Palta: ¿No era lo que veníamos diciendo?
- Porota: Hay mujeres que pueden hacer revivir un muerto.
- Palta: No con caldo de gallina, sino con agua de culo.
- Porota: Bicho malo nunca muere.
- Palta: ¡Y qué bicho, Virgen del Clarinete!
- Porota: Hay que hacer algo.
- Palta: ¿Y qué se puede hacer? Ya La Paraguaya lo ha hecho todo.
- Porota: Pero eso no puede quedarse así.
- Palta: De eso no te quepa la menor duda. Ese monstruo sale por donde tiene que salir.
- Porota: Yo creo que saldrá por donde ha entrado.
- Palta: ¡Tanto hablar! ¡Eso sí son hechos! Hechos y no palabras, digo yo.
- Porota: Lo que es a este engendro no sé si vamos a poder enterrarlo. ¡Es de Padre, Hijo y Espíritu Santo!
- Palta: La Ipacarai tendrá que tomar cartas en este asunto.
- Porota: No es cosa de coser y cantar. No creo que La Paraguaya deje que se lo saquen así como así. La barriga que le han hecho no es cuento de camino. ¡Esto es cosa de bandera colorada!
- Palta: Una barriga post mortum, hecha con el último buchito.
- Porota: No lo puedo creer. A la verdad, eso no es posible.
- Palta: ¿Y qué me dices de la Virgen? Era mucho más difícil y ahí tienes a Jesucristo.
- Porota: ¿Y qué vamos a hacer?
- Palta: No podemos hacer nada.
- Porota: Ni pinchamos ni cortamos.
- Palta: Caemos del lado que nos tiren.
- Porota: Joder nos está permitido.
- Palta: De tanto que nos han jodido.
- Porota: Se hace lo que se puede, pero acabaremos cavando, que para eso nos tienen.
- Palta: Y para pegar chillidos y gritos.
- Porota: Ladrar como los perros...
- Palta: Aullar como los lobos...
- Porota y Palta: ¡Graznar con el graznido!

*Enloquecidas, chillan, ladran, aúllan y graznan por el escenario, saltando como fieras, girando como aves milenarias, arrastrándose como reptiles, revoloteando de manera fantástica, coreográficamente, mientras exclaman:*

- Porota y Palta: ¡Somos las Viejas Arpías del Paraná!  
 Palta: Todo lo decimos con el graznido de nuestras voces.  
 Porota: Todo lo sabemos con el grajo de nuestros olores.  
 Palta: Tenemos alas gigantes de lechuzas y cuervos.  
 Porota: Somos las grandes serpientes voladoras.  
 Palta: Tenemos las entrañas abiertas.  
 Porota: Nuestros intestinos son lianas milenarias que cuelgan de los árboles de la selva.  
 Palta: Somos la rapiña...  
 Porota: El hambre...  
 Palta: Los vientos y las tempestades...  
 Porota: La miseria y la necesidad...  
 Palta: La desesperación y la muerte...  
 Porota y Palta: ¡Somos las Viejas Arpías del Paraná! ¡Bandera colorada de la Paz y el Progreso! ¡Deidades de la Selva! ¡Monstruos de los Infiernos!

*Llega un viento del norte, desolador y asfixiante, que sacude banderas y túnicas. La Magdalena, La Asunción y La Ipacarai reaparecen y se mueven agitadamente, asoladas por la tempestad. Porota y Palta se agitan más todavía. Tal parece que no pueden respirar, buscando oxígeno desesperadamente y contrayendo el torso. La Paraguaya, tendida sobre El Hombre, se agita como si se ahogara y empieza a gritar como si también sintiera los dolores del parto. Todos se mueven desconcertados.*

- La Asunción: ¿Qué es esto, Magdalena? ¿Qué pasa aquí?  
 La Magdalena: Es el Viento del Norte, que cuando llega parece que nos asfixia y nos hace enloquecer.  
 La Asunción: Me ahogo... Apenas puedo respirar...  
 La Ipacarai: Son Palta y Porota, que se han vuelto locas y parece que van a volar.  
 La Magdalena: (A La Asunción.) No te asustes, que todo esto pasará.  
 La Asunción: La Paraguaya ha empezado a gritar. Parece que la van a matar.  
 Porota: Es que está de parto y saca el monstruo por la Cueva de los Terremotos.  
 La Ipacarai: (Imponiéndose.) ¡Eso no puede ser!  
 Palta: Está pariendo al Trueno y al Rayo.  
 La Ipacarai: ¡Primero, muerta! ¡Esa mujer tendrá que parir sobre mi cadáver!  
 Porota: Te ahogará cuando se le reviente la fuente, que es la madre de todas las cataratas!

- Palta: (A La Asunción.) ¡Está pariendo tu Anticristo, Virgencita de la Ignorancia!  
 Porota: (A La Magdalena.) ¡Nos está pegando los tarros, Magdalena de la Alcahuetería!  
 Palta: (A La Ipacarai.) ¡Está desenterrando los muertos, Furia de la Soledad!  
 Porota y Palta: ¡Seremos las Amazonas de los Chulos, Mundo de Mierda!  
 La Ipacarai: ¡Basta! ¡Cállense ya! Ese crimen no puede consumarse. Ese hombre estaba muerto. La Paraguaya no puede parir.  
 Palta: Pero está pariendo, y lo que sale por ahí es más largo que una serpiente.  
 La Ipacarai: Eso no puede ser. A ese muerto estoy yo aquí para enterrarlo.

*La Ipacarai se lanza a los pies de La Paraguaya y metiendo las manos por debajo de la túnica, empieza a sacar al Hombre, tirando de él por la cabeza mientras La Paraguaya trata de retenerlo entre las piernas.*

- La Ipacarai: (Gritándoles a Porota y Palta.) ¡Tiren de ella! ¡Tiren de ella!

*Se entabla una lucha feroz. Porota y Palta tiran de La Paraguaya por los hombros y los brazos, mientras ésta lucha desesperadamente por soltarse, aferrándose al Hombre con las piernas. La Ipacarai sigue tirando del otro lado. La Paraguaya grita enloquecida, desgarradoramente, como si estuviera de parto. Porota y Palta vuelven con sus aullidos y graznidos desarticulados. En medio de todo esto, sigue el viento y los personajes parecen asfixiarse. Finalmente, La Ipacarai arrastra hasta la fosa el cuerpo desnudo del Hombre, mientras Porota y Palta retienen a La Paraguaya, que sigue forcejeando.*

- La Ipacarai: Sobre mi cadáver tendría que ser. Estos hombres no escapan mientras yo esté viva. La muerte sólo con la muerte paga.

*La Ipacarai tira el cadáver en la fosa. La Magdalena, con gran esfuerzo también, clava la cruz en el lado opuesto a donde está la bandera. La Asunción, tambaleándose, se mueve por el escenario y se acerca al tronco del árbol donde estaba El Hombre.*

- La Ipacarai: Pero no es suficiente todavía. Sobre ti caerá el peso de las armas que fueron el vehículo de tus crímenes. No hay patria que te perdone, porque el crimen es la única verdad con que voy a enterrarte.

*La Ipacarái arrastra el fardo con las armas y después lo tira en la fosa.*

La Ipacarái: ¡Muerto y enterrado! ¡El Padre, el Hombre, el Hijo, y hasta el Espíritu Santo!

*Todas las mujeres están extenuadas. La Ipacarái toma la pala y deja caer un puñado de tierra en la fosa. La Magdalena está junto a la cruz. La Paraguaya cae de bruces cerca de la antorcha. La Asunción, desfallecida, se deja caer sobre el tronco del árbol. El viento se acrecienta por un último instante y cesa de pronto. Los personajes están inmóviles, congelados. Entonces, el lamento agudo de la cuerda de un violín se escucha en la distancia, haciéndose gradualmente más penetrante. Se disuelve en un canto coral cristiano, sobre el cual se superimpone el sonido de una flauta indígena. Un toque de arpa señala la aparición de La Diosa del Iguazú por el centro y fondo del escenario.*

*Al mismo tiempo otra flauta, más bien la de un encantador de serpientes, entrará en contrapunto musical. El Golfo entra en escena arrastrándose como una serpiente por el lado del escenario donde se encuentra La Asunción. Con el torso medio desnudo, producirá un efecto salvaje y primitivo, acentuado por los restos de una piel de serpiente y pedazos de piel de jabalí que cubren los restos de un uniforme verdoso, a modo de camuflaje, manchado de sangre y arcilla. En la cintura trae un puñal. Durante esta escena se irá arrastrando sinuosamente hasta llegar cerca de donde está La Asunción, sin que ninguna de las mujeres note su presencia.*

*La Diosa del Iguazú está envuelta de pies a cabeza con un fantástico ropaje de ñandutí, todo blanco. El tejido blanco forma una especie de inmensa tela de araña que la envuelve por completo. El rostro apenas se vislumbra detrás del velo de ñandutí. Parece una novia fantástica, y las ondas del traje, sus vuelos y el velo que la envuelve, forman una inmensa catarata alrededor de ella. Es una verdadera aparición, intemporal, con textura de lo real maravilloso. Sus movimientos son pausados, sencillos y majestuosos, denotando tal vez el ancestral paso del tiempo.*

La Diosa  
del Iguazú:

Una gota de agua puede ser un torrente de espuma. Pero no, necesariamente. ¿Lo sabía yo? No, yo no lo podía adivinar. No sabía nada, porque era inocente. Había, justamente, nacido, y sólo era capaz de conocer mi propia transparencia. ¿Cómo iba a ser posible? ¿Qué podía anticiparlo? ¿Quién iba a sospechar el estruendo después de aquel silencio de agua? ¿Quién iba a

decírmelo si nadie existía a mi alrededor? ¿Si nadie lo había conocido? Yo, inocente, iba y me dejaba llevar, cumpliendo mi destino de agua. Se deslizaban el surubí y el pacú, nadando lo suyo. Entraban los cocodrilos y despedazaban las pirañas, todo como costumbre. Y yo así, como si nada pudiera pasarme. Los pájaros gigantes graznaban a la media noche y yo me dormía como si fuera una canción de cuna. Soñaba peces multicolores y un agua que siempre nacía como si fuera un surtidor. Las mariposas se reflejaban en mí al amanecer, mientras bailaban sus diseños. Entonces yo no tenía miedo. Me sentía verde como la selva que se inclinaba a mi alrededor y me vestía con sus colores. Y pensaba en el mar, como si fuera mi destino. Es cierto que la selva estaba allí, pero ¡qué lejos estaba! Era el territorio de otros días y otras noches que nada tenían que ver conmigo, y me dejaba acunar, dormirme, calladamente. Yo no era más que un espejo. Un espejo verde que seguía igual a sí mismo, siempre líquido y transparente. En mi inocencia de gota transparente me lo soñaba todo y no conocía nada. ¿Qué sabía yo de la tierra que se quedaba allí, fija en su roca de fango, y sobre la cual se deslizaba el río y resbalaba yo? Cuando llegaba a tocarme, sentía asco, como si el germen rojizo de alguna enfermedad desconocida fuera a mezclarse conmigo. ¿Quién era esa tierra y qué podía pasar? ¿Qué latía por debajo del agua? Y tenía pesadillas con volcanes de fuego, que yo no conocía, y ríos calientes y rojos que todo lo quemaban. ¿Cómo podía ser una gota de fuego? ¿Qué era una gota de fuego frente a una gota de agua? ¿Qué había debajo de mí, qué me rozaba con su pegajosidad de escama? Entonces fue como si una sacudida, en aquel paisaje inmenso de selva y de agua, me hubiera habitado de pronto. Quise retroceder, detenerme, esconderme para que el agua se olvidara de mí, para que la corriente no supiera que yo estaba corriendo dentro de ella, para que me dejara atrás en el escándalo primario de los tucanes. Y sin embargo, no podía, porque nunca hay retroceso posible. Zarandeada, convulsa, el agua era un terremoto. Dentro de mí misma se abrían fuentes de la tierra, y como un volcán comprendí de pronto los ríos de lava. Creía que iba a explotar en la corriente de mí misma, que toda mi transparencia no sólo era un torrente de espuma, sino un vapor de aire que desciende y se eleva, buscando el significado de aquella catástrofe que nunca nadie había podido imaginar. Comprendí, en un minuto,

los tajos de la tierra, las rocas desgarradas en su propia noche insondable, inexplicable para ellas. ¿Qué pudo ocurrir? ¿Cómo pudo explicarse aquella geología los barrancos brutales que las despedazaban, que se metían en las entrañas haciendo sangrar aquel vientre de arcilla? ¿Quién era? ¿Quién lo había hecho? ¿Qué animal tan feroz había rasgado el vientre de aquel universo que se quebraba, despeñándonos a nosotras, a mí, que era una gota de agua, hacia las fauces de aquel infierno líquido que también era maravilloso? Caía en un todo que no tenía explicación. Escuchaba el estruendo feroz de aquella conjunción, que era un grito sordo de la tierra y el agua. No había ya paisaje, sino un torrente de espuma que era yo, unida y multiplicada, vestida con un tejido que nunca había imaginado nadie, el encaje líquido de la espuma que me cubría en una nupcia milenaria. Volcada hacia mí misma, llegaba al fin al secreto de lo que quizás no iba a explicarme jamás. Un Erebo de espumas nacía del caos y la noche. La cópula feroz de la tierra y el agua, era aquel estruendo en que navegaba hacia abajo arrastrada hacia aquel orgasmo primigenio. Caía en la Garganta del Diablo, en las fauces de su lujuria de arcilla y de espuma. Dentro de mi gota de agua gritaba la infalible e implacable voz de la furia, clamando por el castigo y la venganza, la ley de la sangre por el crimen de la arcilla. Vivía las delicias de Eros, recibiendo aquella lluvia que sólo entendía como amor, resurrección, parto y vida. La fuerza primigenia de todas las cosas latían dentro de mí en aquel instante de pasión, donde se volcaban al unísono amor y odio, muerte y resurrección, caos y vida, origen y final de todo lo inexplicable. No podía ser otra cosa que la Diosa del Iguazú, el Iguazú mismo, que me hacía suya en su líquido y su fango, construyendo mi cuerpo, gestación de la gloria. Trepitaba la Garganta del Diablo con su lujuria infinita. Descendía el lodo y bajaban las aguas turbias. Pero yo, rota y despedazada, era todavía yo misma, intocable en mi más remota identidad de la quietud y el sueño. Trascendía al estado puro, éter mismo. Me había vuelto un fuego indestructible convertido en aire, que iba formando lentamente las gotas del arcoiris.

*Sale La Diosa del Iguazú.*

*Pausa. Porota y Palta, muy lentamente, toman las palas y empiezan a echar puñados de tierra en la fosa. La Paraguaya, tranquilizada, se incorpora. Mira a La Magdalena, que está todavía junto a la cruz. La*

*Ipacarai, que ya no tiene la pala en la mano, se muestra pensativa. Se cruzan las miradas de las tres mujeres.*

*Hay un cambio de luces y salen todas las mujeres, menos La Ipacarai, hacia un lado del escenario. Del lado opuesto, La Asunción descansa sobre el tronco, como si estuviera dormida. El Golfo está junto a ella. En un sinuoso recorrido hacia La Asunción ha dejado caer el puñal, que ha quedado tirado en el centro del escenario. Se incorpora y se tira sobre ella. Ésta despierta sobresaltada. A punto de gritar, El Golfo le tapa la boca y la arrastra fuera del escenario, dispuesto a violarla.*

*Intranquila, La Ipacarai se mueve hacia el centro del escenario y encuentra el puñal. Un foco de luz cae sobre ella, con el puñal en la mano. Caen el telón.*

## SEGUNDO ACTO

*Amanecer plomizo. La bandera y la cruz aparecen tiradas por el piso, conjuntamente con unos rudimentarios aperos de labranza. Enroscados entre sí y al tronco del árbol al lado derecho del escenario, están El Viejo, El Golfo y El Torvo. El Viejo domina la composición visual ya que, aunque está aparentemente dormido, aparece erguido y en posición de fuerza. Su cabeza descansa, de forma algo torcida y poco natural, sobre una metralleta que sostiene verticalmente desde las piernas. Algo cargado de espaldas, se destaca su corpulencia. El Golfo y El Torvo se enroscan a él, tirados horizontalmente hacia abajo, torciéndosele entre las piernas y los muslos, pero alargando, cada uno de ellos, una de sus manos hacia la ingle, el vientre y la metralleta de El Viejo, como si fueran parte de él y encontrarán allí su vida y el alimento que los nutre. La otra mano se la entierra entre sus propias piernas. Forman una especie de trilogía trágica y parásita representativa de los bajos instintos, la cobardía y la opresión, que se mantiene unida por el tronco velludo de la bestialidad, el sinuoso de la traición y el mortal de la violencia.*

*Los tres personajes cubren su desnudez con la piel con manchas del jabalí (que predomina en El Viejo, jefe de la tribu); la escamosa, metálica y oscura piel de la serpiente, y los restos de unos uniformes verdosos, a modo de camuflaje (o de otros uniformes militares, desgajados e imprecisos), como si estuvieran de vuelta de todas las guerras. Tanto El Torvo como El Golfo vestirán de idéntica forma, diferenciándose en cuestión de grados de la vestimenta que lleva El Viejo.*

*A esto hay que agregar que están armados hasta los dientes, en particular El Viejo, en una combinación de armas antiguas y modernas, del machete*

a la metralleta, que se enroscan a cada uno de los tres, entorpeciendo a veces sus movimientos, los cuales fluctuarán entre los de las serpientes, los tigres, las aves de rapiña y los hombres en acción de guerra. Estos atributos pueden llevar a una composición coreográfica similar a la que en el primer acto correspondió a La Paraguaya, basada en una distorsionada expresión corporal, en especial en los casos de El Golfo y El Torvo, ya que El Viejo, salvo ocasiones, se moverá con mayor rigidez. Aunque será siempre el más fuerte y poderoso, el peso de las armas llegará a un punto que parecerá asfixiar su propia fuerza y movilidad. Del conjunto surge una composición irreal, abigarrada, casi surrealista.

Al principio, un foco de luz cae sobre ellos. Poco a poco, El Golfo y El Torvo van desenroscándose, desplazándose El Golfo hacia el madero y El Torvo hacia donde están la cruz y la bandera. A medida que se desplazan, emitirán sonidos inarticulados de ferocidad y lujuria, indefinidos y de variada intensidad.

El Viejo, que ha permanecido erguido, sufre violentas sacudidas y se despierta, dando un salto. Toma la metralleta, en actitud amenazante, y apunta con ella, primero de forma indefinida, después al Torvo y finalmente al Golfo.

Viejo: (Fuera de quicio, alucinado.) ¡Atención! ¡Apunten! ¡Fuego!  
¡Atención! ¡Apunten! ¡Fuego!

Asustados y desconcertados, El Golfo y El Torvo se despiertan y se ponen a la defensiva.

Golfo: Coño, Viejo, que somos nosotros, Golfo y Torvo. ¡No vayas a disparar!

Torvo: ¡Despierta, Viejo, despierta! Te quedaste dormido, es una pesadilla.

El Viejo reacciona y deja de apuntarles.

Torvo: ¡Qué susto nos has dado, Viejo!

Golfo: Creía que nos ibas a matar.

Viejo: (Bastante alucinado todavía.) ¡Aquí no se puede dormir, carajo! Al menor descuido, de aquello nada y de lo otro tampoco... Se los he repetido un millón de veces. Estamos vivos porque los otros están muertos... Les dije que hicieran guardia, pero tan pronto echo un pestañazo se me ponen a roncar entre las piernas. (De forma algo incongruente.) Tengo ojos para no ver

y ojos para verlo todo... Cuando menos se piensa, salta una alimaña y le devora a uno los testículos... (Violento.) ¡No, aquí no se puede dormir, carajo, porque cuando me despierto me encuentro con un nido de serpientes que se me ha desprendido de la ingle...! (Pausa.) Con los ojos bien abiertos para liquidar al enemigo que quiere liquidarme... tenderle la red al que me la tiene tendida... escuchar la palabra que se dijo y la que no se ha dicho todavía... la mirilla telescópica que nos apunta con el dedo en el gatillo... Cien ojos y cien oídos que nunca serán suficientes... (Como una persona decididamente desquiciada.) Matar... Matar siempre, para que no quede nadie para hacer el cuento.

El Golfo y El Torvo se mueven con precaución, recelosos.

Golfo: Cálmate, Viejo, que ya hemos matado bastante.  
Viejo: Nunca se mata lo suficiente.  
Torvo: Pero no a nosotros, Viejo, que siempre hemos estado contigo.  
Golfo: Te hemos guardado las espaldas, coño.  
Torvo: Hemos matado a los que han querido pegarte un tiro.  
Golfo: Soy Golfo, Viejo.  
Torvo: (Identificándose.) Torvo, Viejo.  
Viejo: (Volviéndose al público.) Alguien está ahí para acabar conmigo... Lo siento, lo escucho, lo respiro. Alguien que busca mi lugar, que persigue mis huellas...  
Golfo: ¿Quién es?  
Torvo: Dinos donde está, para enterrarle un puñal por la espalda y acabar con él.  
Viejo: ¡Coño! ¡Carajo! Eso es lo que quiero saber. (Volviéndose de nuevo.) Alguien está ahí para acabar conmigo, pero primero acabaré yo con la madre que los parió a todos ellos.  
Golfo: Mira, Viejo, entra en razón. (Razonando.) La guerra ha terminado y todo el mundo está muerto y enterrado. Ya ni las aves de rapiña tienen unas cabronas entrañas para llevarse al pico. Es hora de descansar.  
Viejo: ¿Quién eres tú para decirme lo que tengo que hacer? Ni tú ni nadie. ¿Es que te estás afilando los dientes para ocupar mi lugar? (Pausa.) No, eso no puede ser, porque ninguno de ustedes tiene pantalones para hacerlo.  
Golfo: Eres injusto. Sólo queremos ayudarte. Hacerte entender.

- Torvo: Cállate, Golfo. El Viejo tiene razón. El lo entiende todo. El lo sabe todo. Nosotros somos unos ignorantes. Aquí se hará lo que diga él.
- Golfo: Déjanos vivir, Viejo.
- Viejo: ¿Vivir? ¿A qué llaman vivir? ¿A preñar mujeres?
- Golfo: Se hace lo que se puede y aquí no hay otra cosa en qué entretenerse. Si quieres guerra, hay que preñarlas, para hacer hombres que se maten.
- Viejo: Acabarás preñando a ese par de viejas que andan por ahí, que será un modo de consolarte. Son unos vagos y todo lo resuelven haciendo lo mismo, pero ni siquiera eso lo hacen bien. Cuando estábamos en la selva me jodieron con aquel cuento de la yagueté que se les aparecía por las noches y que casi no preña a ustedes. Son unos cobardes y unos mierdas. Eso es lo que son, que sólo han preñado infelices que no se podían defender. Claro que no importa, porque no eran más que mujeres. Pero cuando llegamos aquí, ni siquiera pudieron caerle encima a esa Paraguaya que se les escapó de entre las manos y que ahora se estará acostando con todos los yaguetés machos de la selva. Coño, son unos mierdas que sólo pueden preñar con la cabeza.
- Torvo: Suéltanos ya, Viejo.
- Viejo: Son unos blandos, y por hombres como ustedes perdimos la guerra. Poco más y acabaremos gobernados por las hembras. Pero hay que tener una mano de hierro. Garfios más bien, para que nadie se mueva sin que le demos permiso. *(A los dos.)* ¡Atención, coño, atención! Párense como los hombres... ¡Alerta! ¡Firmes! ¡En pie de guerra y con la guardia en alto! ¡Alerta siempre, aunque sea ante el pelotón de fusilamiento!

*El Golfo y El Torvo se miran desconcertados pero con cierto entendimiento. Adoptan finalmente una vaga actitud de atención, para que El Viejo los deje en paz.*

- Viejo: Ustedes son un par de estúpidos, unos... incompetentes. Mi viejo decía que dos tetas podían más que dos carretas, pero nunca dejó que lo arrastraran a él. ¡Ese sí era un hombre y sí sabía gobernar una casa, aunque después se desatara la guerra! Nunca dejó que mi madre levantara la cabeza. *(Pausa, pensativo.)* Por eso no recuerdo como era su cara, y sus ojos, mucho menos. *(Sombriamente.)* Serían como los de todas las mujeres.

*Ensimismado en lo que está diciendo, El Viejo deja de vigilar al Golfo y al Torvo, que volverán a moverse sinuosamente por el escenario.*

- Viejo: En la selva nos metimos cuando nos tenían acorralados y allí nos protegimos en las entrañas de las fieras y en los nidos de las víboras, como si volviéramos a la casa de nosotros mismos. Ustedes temblaban de pies a cabeza, como un par de puñeteras mujeres, pero yo les dije que de allí íbamos a salir para poblar el mundo otra vez. Estábamos en pie de guerra. ¡Había que gestarse, hacerse de nuevo, como un retorno que se guarda para otro momento, hasta que pasaran las señales de peligro y pudiéramos reconquistar lo que era nuestro... ! Pero en alguna parte está un Hombre escondido, con el machete que señala mi final y marca su principio.
- Golfo: ¿Quién?
- Torvo: Sí, ¿a quién te refieres?
- Viejo: Al Hombre, carajo, al Hombre que quiere acabar conmigo. Un Hombre que habrá que decapitar para que no nos decapite, al que habrá que cortárselos. *(Desquiciadamente de nuevo.)* ¡Atención! ¡Apunten! ¡Fuego! *(Apuntando al público.)* ¡Alguien está ahí para acabar conmigo, pero primero voy a acabar yo con todos ellos!
- Golfo: Te has vuelto loco, Viejo.
- Viejo: *(Volviéndose, furioso.)* ¿Loco yo? ¿Loco yo? ¡Cabrón, te voy a destapar la tapa de los sesos!
- Torvo: *(Interviniendo.)* Coño, Golfo, no jorobes más. El Viejo está más cuerdo que tú y que yo. Lo que pasa es que nosotros somos unos brutos y no sabemos ni la mitad de lo que él sabe, que para eso es el Viejo. *(Al Viejo.)* Por eso tienes que explicarnos, Viejo, porque nosotros somos un par de ignorantes. Si matamos a todo el mundo, ya no hay nadie que pueda matarte y no tienes que matar a nadie. Sólo quedamos nosotros tres. A menos... a menos que quieras matarnos a nosotros.

*El Golfo y El Torvo se miran.*

- Viejo: *(Sombrio.)* Nunca se mata lo suficiente... *(Se aleja, pensativo.)* Hay un hombre por alguna parte... que me mira, que me quiere joder. En la selva... En el agua... No sé... Y esa mujer lo sabe, lo espera y no lo quiere decir, como si estuviera de acuerdo con él y fuera a quebrarnos lo que nos queda entre las piernas.

- Golfo: ¿Qué mujer, Viejo?  
 Viejo: La Ipacarái  
 Torvo: Te he dicho que la mates. Que acabes con ella de una vez.  
 Viejo: Voy a cortarle la lengua, pero primero tendrá que decir todo lo que sabe.  
 Torvo: Pero le has puesto una mordaza y con una mordaza en la boca no podrá decir lo que tiene que decir. Déjala hablar. Déjala que grite, para saber lo que lleva por dentro y haga sogá para su pescuezo.  
 Golfo: Préñala, Viejo, para que aprenda lo que es bueno.  
 Torvo: Le tiene atado los pies, y de ese modo no hay forma de preñar a nadie. Ni siquiera el Viejo.  
 Golfo: Te hacemos el trabajo, Viejo. Dinos lo que tenemos que hacer.  
 Viejo: Aquí no se puede dormir, no se puede descansar. Vigilar, vigilar siempre, porque el día menos pensado nos cortan los testículos. *(Transición, violento.)* ¡Coño, estoy rodeado de mierda! Me debería meter un tiro en la sien. Cuando miro a mi alrededor no veo otra cosa. No huelo otra cosa. No toco otra cosa. *(A los otros.)* ¡Aléjense de mí, porque no son más que un puñado de escoria, porque son una vergüenza de mi raza y de mi piel! Pero hubo una vez en que no conocíamos el miedo. Conquistamos el Norte, el Sur, el Este y el Oeste... Fronteras... Territorios desconocidos... Hambre de poder... Matamos a quienes teníamos que matar y fuimos el centro del universo... Durante años he estado luchando por crear una raza de titanes, un pueblo de héroes, de vencedores que supieran conquistarlo todo, y cuando miro a mi alrededor sólo encuentro los despojos de lo que quisimos ser... Esto no es más que una letrina abierta. ¡Hombres blandos que no sirven para nada! Por eso perdimos la guerra, porque se pusieron a pensar en lo que tienen entre las piernas, a hacer lo que se hace en la cama, como si no se pudieran ser macho para hacer otra cosa. ¡Hacer la guerra, coño, que para eso somos hombres! ¡Conquistar hombres! ¡Patear mujeres! ¡Armarse hasta los dientes! La guerra... Siempre ha estado la guerra... Siempre estará la guerra... La guerra no puede terminar porque la guerra soy yo y estoy vivo. La muerte, carajo, es lo que nos hace inmortales... Matar, matar siempre... *(Fuera de quicio.)* ¡Atención! ¡Apunten! ¡Fuego! *(En grito de guerra.)* ¡Atención! ¡Apunten! ¡Fuego!

*Cambio de luz. Sale El Viejo y empieza a disparar fuera de escena. Durante un rato, a diferentes niveles, alternando y al unísono con los ruidos de la metralla y los gritos de guerra del Viejo, El Torvo y El Golfo, repetirán:*

- Golfo: ¡Ese hombre está loco! ¡Ese hombre no me deja vivir!  
 Torvo: ¡Ese hombre está loco! ¡Hay que acabar con él!  
 Golfo: ¡Ese hombre está loco! ¡Ese hombre no me deja vivir!  
 Torvo: ¡Ese hombre está loco! ¡Hay que acabar con él!

*En posición defensiva, dando saltos, arrastrándose y retorciéndose, en un constante juego de expresión corporal, casi coreográficamente, enloquecidos, El Torvo y El Golfo se mueven por el escenario.*

- Golfo: Acabará matándonos.  
 Torvo: Acabará dejándonos con la lengua afuera.  
 Golfo: ¡Coño, de aquí no vamos a salir con vida!  
 Torvo: Cuando tuvo la pesadilla...  
 Golfo: Y vino encima de nosotros con la metralleta...  
 Torvo: Yo creí que iba a disparar.  
 Golfo: Por poco lo hace. Yo creía...  
 Torvo: ... que no íbamos a hacer el cuento.  
 Golfo: ¡Lo sabe todo!  
 Torvo: ¡Lo oye todo!  
 Golfo: ¡No nos deja vivir!  
 Torvo: Es una cabrona desgracia.  
 Golfo: Un hijo de malamadre.  
 Torvo: El viejo está loco.  
 Golfo: *(Transición, con otra intención.)* Y eso no le hace falta.  
 Torvo: *(Transición.)* ¿Qué cosa?  
 Golfo: Menear el rabo.  
 Torvo: Serán los años.  
 Golfo: No es eso. Lo que quiere es matar.  
 Torvo: ¡Acabar con todos!  
 Golfo: Pero todos están muertos, Torvo.  
 Torvo: Menos nosotros.

*Se detienen. Se miran fijamente. Pausa. Se sientan, uno en el madero y el otro en el tronco del árbol. Unas tonalidades verdes que producen un efecto de selva, crearán una ambientación irreal, mágica, onírica. Cambio del ritmo escénico en contraste con la escena anterior.*

- Torvo: De contra, nos jodió todo el sueño.  
 Golfo: Lo partió por el eje.  
 Torvo: Entonces, tú estabas soñando lo mismo.  
 Golfo: Con la Paraguaya.  
 Torvo: Con la yaguareté.  
 Golfo: Estábamos soñando, ¿no?  
 Torvo: La dejamos escapar. Sin siquiera tenerla del todo entre las piernas.  
 Golfo: Sin siquiera ponerle el torniquete.  
 Torvo: Para que no se muriera todavía.  
 Golfo: Canalla.  
 Torvo: Degenerada.  
 Golfo: Huye.  
 Torvo: Se escapa.  
 Golfo: Se deja coger.  
 Torvo: Nos pega los tarros con todos los yaguaretés machos que se le ponen por delante.  
 Golfo: Como si no fuéramos machos.  
 Torvo: Coño, carajo, el Viejo tiene razón.  
 Golfo: Estamos tarados, Golfo.  
 Torvo: Nos ronda.  
 Golfo: Nos persigue.  
 Torvo: No se deja tocar.  
 Golfo: Algún día caerá en la trampa que le hemos tendido.  
 Torvo: No podrá salir esta vez.  
 Golfo: No escapará.  
 Torvo: Nada podrá hacer.  
 Golfo: Lo siento.  
 Torvo: Lo presiento.  
 Golfo: Viene y se va.  
 Torvo: (Pausa.) Como aquella vez.  
 Golfo: Eso fue un sueño.  
 Torvo: Una pesadilla.  
 Golfo: Tal vez.  
 Torvo: Eso no se puede saber.  
 Golfo: Una corriente me sacudía la espina dorsal...  
 Torvo: Me recorría la cintura de un lado para otro...  
 Golfo: Una sacudida...  
 Torvo: Un terremoto...  
 Golfo: ¡Coño, qué manera de hacerlo!

- Torvo: Yo sabía que esa mujer estaba aquí o en alguna parte. La olfateaba como los perros olfatean a la hembra cuando están en celo...  
 Golfo: Cuando estábamos acorralados en la selva, creía que me iba a volver loco. De pronto, así...  
 Torvo: Me venía una sacudida, cuando menos lo esperaba...  
 Golfo: (Rectificando.) Cuando menos lo esperábamos.  
 Torvo: Cuando estábamos enterrando el puñal en las entrañas de alguna fiera.  
 Golfo: Tengo el estómago duro, pero en esos momentos estaba a punto de vomitar.  
 Torvo: Como aquella vez en que casi me traga aquel gigante yaguareté que estuvo a punto de matarme.  
 Golfo: Yo creía que lo que me salía era sangre. Ardía, me quemaba, como si tuviera una llama ardiente.  
 Torvo: ¿Estábamos soñando, no?  
 Golfo: No sé. Era la yaguareté.  
 Torvo: En la selva todo puede suceder.  
 Golfo: En la selva nunca se sabe. Yo le había metido el puñal una vez, pero no había logrado matarla, sino enfurecerla más todavía, como si a la vez quisiera devorarme y que se lo enterraran de nuevo. Yo tenía la cara cubierta con sangre y no podía ver. Se me venía encima, para acabar conmigo de una vez.  
 Torvo: No era una mujer. Era una fiera. Una yaguareté hembra que venía a buscarme a la medianoche...  
 Golfo: (Rectificando.) ¡Que venía a buscarnos a la medianoche!  
 Torvo: Entonces, ¿tú también... ?  
 Golfo: Soñábamos lo mismo, Torvo.  
 Torvo: ¿Y el Viejo?  
 Golfo: ¡Lo sabe todo!  
 Torvo: ¡Lo oye todo!  
 Golfo: ¡Todo lo ve!  
 Torvo: (Alucinado.) ¡Vigila! ¡Acecha! ¡No nos deja vivir!  
 Golfo: Estaba al fondo, detrás de nosotros, esperando con el machete.  
 Torvo: Expíciate.  
 Golfo: En la selva nada tiene explicación.  
 Torvo: Era una yaguareté hembra. De ésas que se ponen en celo en las noches de luna y salen a buscar su presa. Debió olfatearme...  
 Golfo: (Rectificando.) ... olfatearnos.  
 Torvo: Olfatearnos, y pensaría que éramos un yaguareté macho. Casi no podía con ella.

- Golfo: Era un torrente. Yo he tenido mujeres, pero nunca como aquella vez, aunque no fuera más que un sueño.
- Torvo: La noche era tan clara que en la oscuridad le podía ver los ojos, que brillaban como dos luceros que mordían entre las piernas.
- Golfo: ¿Qué era? ¿Cómo era posible? Estábamos soñando, ¿no?
- Torvo: No sé, porque en la selva nada tiene explicación.
- Golfo: Sentía el filo de los colmillos rozándome la garganta, pero nada podía hacer. Estaba perdido.
- Torvo: *(Rectificando.)* Estábamos perdidos.
- Golfo: Y El Viejo estaba allí, empuñando el machete, pero las lianas no lo dejaban avanzar.
- Torvo: Sí, ahora lo recuerdo. En el sueño, la yaguareté me devoraba a mí con sus dientes. El Viejo tenía el machete en la mano, para cortar las lianas y abrirse paso, mientras yo escuchaba los gemidos de placer de la hembra yaguareté, que estaba a punto de devorarme.
- Golfo: *(Rectificando.)* De devorarnos a los dos.
- Torvo: La dejaba hacer, para que hiciera lo que quisiera conmigo.
- Golfo: Sentía ya la sacudida...
- Torvo: Estaba a punto de...
- Golfo: Era cuestión de un minuto...
- Torvo: Un segundo tal vez...
- Golfo: ¡Pero ya era demasiado tarde, coño!
- Torvo: ¡Carajo, no podía ser!
- Golfo: El Viejo...
- Torvo: ... con el machete en alto.

*Transición en el ritmo escénico, que ahora adquiere el mismo tono que al principio del diálogo entre Golfo y Torvo.*

- Golfo: *(Desesperado.)* ¡Vigila! ¡Lo sabe todo! ¡No nos deja vivir!
- Torvo: Cuando me desperté, él tenía el machete en la mano. Le cortó la cabeza de un solo tajo.
- Golfo: ¡Canalla!
- Torvo: ¡Asesino!
- Golfo: ¡Degenerado!
- Torvo: Nunca olvidaré el aullido.
- Golfo: Moría como si lo estuviera deseando.
- Torvo: Cayó inerte sobre mí...
- Golfo: *(Rectificando.)* Sobre nosotros. Tuve que quitármela de encima y tirarla al piso.

- Torvo y Golfo: *(Alucinados, al unísono.)* ¡Canalla! ¡Asesino! ¡Degenerado! Ese hombre está loco. No nos deja vivir. No nos deja respirar. ¡Terminará matándonos! ¡Hay que acabar con él!

*Se vuelven a escuchar las descargas de metralletas de El Viejo. El Torvo y El Golfo se levantan y salen gritando:*

- Torvo y Golfo: ¡Acabará con nosotros! ¡Tendremos que acabar con él!

*Despavoridas, entran Porota y Palta, que están encadenadas la una a la otra, con grillos en los tobillos. Las cadenas que unen a las dos mujeres no deben impedir su movilidad escénica. Esta escena puede interpretarse no sólo como un diálogo entre Porota y Palta, sino que, en ciertos momentos y de acuerdo con el texto, los personajes pueden dirigirse al público para hacerlos copartícipes más directos de su circunstancia.*

- Porota: ¡Corre, Palta, que ese Viejo nos tiene deparado un tiro en el directo!
- Palta: No te hagas ilusiones, mujer, que lo que quiere es acribillarnos a balazos para convertirnos en un colador de sangre.
- Porota: ¡Qué manera de meterle al gatillo! Ese Viejo mata como si nunca hubiera comido.
- Palta: ¡Criatura de Dios!
- Porota: Por Dios, Palta, no blasfemes y no metas a Dios en el Infierno.
- Palta: ¿Pero dónde voy a meterlo? Con lo que nos ha hecho, se lo tendría merecido, porque encima de mandarnos callos y juanetes, ahora nos ha puesto grillos.
- Porota: Debe ser por la mala fama de brujas que tenemos, y pensará que vamos a salir volando con las escobas. Eso nos pasó por haberle metido miedo al susto con el dichoso vuelo de las arpías, cuando en realidad no podemos volar ni más alto ni más lejos de lo que vuelan las gallinas.
- Palta: Cría fama y acuéstate a dormir.
- Porota: ¡Qué consuelo! Ni que fuéramos mitos!
- Palta: Dios es inclemente, Porota. En vez de grillos, bien pudiera mandarnos mazorcas de maíz, que buena falta nos hacen.
- Porota: Te aseguro, Palta, que esos viejos están de acuerdo, porque es de la única forma que podemos explicarnos lo que nos está pasando. De tal palo tal astilla.
- Palta: ¡Tal para cual!

- Porota: Te advierto que ese Viejo quemacartuchos es un desgraciado. Hay que llamar las cosas por su nombre, Palta, y ese Señor sólo ha sabido crear mierda. Esto pinta mal, porque el Viejo es un pintor de brocha gorda. Con esos engendros que le ha dado al mundo debe estar hecho una fiera. Quizás por eso eche chispas. Además, se le acabaron todas las guerras y es una víctima del desempleo. La guerra era su negocio y ahora que mató a la clientela no tiene a quien venderle la mercancía. Traficaba con carne y se quedó sin carniceros. Es por eso que está armado hasta los dientes. Cuando había guerra estaba encantado y entretenido, porque mientras los hombres se mataban los unos a los otros nadie se iba a molestar en matarlo a él. Dormía tranquilo. Nadaba en el cuerno de la abundancia. Pero ahora padece de insomnio y tiene pesadillas durante la duermela, que hace con un ojo abierto y el otro cerrado. Y con esos hijos que le han salido, entre chulos y maricones, cabrones y mariguaneros, acabará por pegarse un tiro en la sien.
- Palta: Pero eso no es vida, Porota. Poco más y se me saltan las lágrimas.
- Porota: Ese Viejo se aburre, porque no hay nada completo en este mundo ni en el otro.
- Palta: No lo justifiques. En el cielo se vive bien, porque tengo entendido que hay de todo. Un surplús, como dicen los americanos. Y si se aburre, que se busque un hobby, como todos los que tienen dinero y poder.
- Porota: Yo no creo que estamos hablando de la misma persona.
- Palta: Ve tú a saber. Pero no es justo que se venga a entretener con este par de viejas. Bueno, acuérdate que abandonó al Hijo. De un padrecito así se puede esperar cualquier cosa.
- Porota: El trabajo duro lo hacemos las mujeres. Como los hombres no tienen nada que hacer, que es la mayor parte de las veces, les sobra el tiempo para pensar en lo malo. Y lo que es peor, para hacerlo, que en eso se conocen los hombres de empresa. Nada, que se pasan la vida en el tiro al blanco. Acabaremos acribilladas como un guayo para rayar maíz.
- Palta: O como un colador, para que nos saquen el jugueto.
- Porota: Eso es lo que yo llamo transmisión del pensamiento. Ahí viene Magdalena a colar el café.

*Entra La Magdalena con la misma vestimenta que en el acto anterior, pero con la cabeza cubierta, y se pone a preparar el fuego. Porota y*

*Palta, en el transcurso del diálogo, se han ido acercando gradualmente al cultivo, donde se han puesto a trabajar a desgano.*

- Palta: Esa sí que ha tenido suerte, porque no le han puesto grillos ni mordaza.
- Porota: Fama que tiene de arrepentida.
- Palta: Es que no hay comparación, Porota. Cada cual tiene que joderse con su sanbenito. Con la lengua que tenemos, debemos darle gracias a Dios de que no nos hayan amordazado. Será por aquello de perro que ladra no muerde.
- Porota: Pero mira a la pobre Ipacarái, que además la tienen metida en chirona y amarrada patas con manos. Y lo que es ladrar... Bueno, no es muda.
- Palta: Le habrán puesto mordaza porque es un preso político. Acabarán soltándola primero que a nosotras.
- Porota: ¿Preso político? ¿Y nosotras que carajo somos, si se puede saber?
- Palta: Hija, ¿pero ahora te enteras? Nosotras, las muertas de hambre, somos presas comunes.

*Rien. La risa se les congela cuando El Torvo y El Golfo cruzan la escena amenazando con la metralleta. Van a donde La Magdalena cuele el café y lo toman. De reojo, observan a Porota y Palta, mientras parecen murmurar el latiguillo de "Todo lo sabe... Todo lo ve... Ese hombre está loco... Hay que acabar con él..." Esto crea una especie de crescendo musical que sirve de fondo a lo que dicen Porota y Palta.*

- Porota: ¡Qué esbirros! ¡Qué par de matarifes!
- Palta: Están detrás del culo de la Paraguaya.
- Porota: ¡Pero a esa si es verdad que no le meten el diente! Es una liebre difícil de coger que se les escapó de entre las manos. Ronda por las noches, pero de eso nada y de lo otro tampoco. Y con las piltrafas que deben tener esos, que esconden detrás de las metralletas. Andará entre los tigres y los yagaretés que están mejor armados. ¡No hay quien la coja y con eso te lo digo todo!
- Palta: Pero la han preñado, como a la Asunción.
- Porota: Será por otros procedimientos.
- Palta: Yo no conozco más que uno, pero ¡quién sabe! Los designios de Dios son inescrutables, como dicen los curas.

*El Torvo y El Golfo miran a Porota y a Palta con odio. Tiran los pocillos de café y, amenazantes, se van acercando a las dos viejas, que, temerosas, dejan de hablar y cavan en silencio. Se ha producido un crescendo de la tensión, mientras los dos hombres las rodean, repitiendo siempre su letanía.*

Golfo y Torvo: Todo lo sabe... Todo lo ve... Ese hombre está loco... Hay que acabar con él... ¡Atención...! ¡Apunten...! ¡Fuego...! Todo lo sabe... Todo lo ve... Ese hombre está loco... Hay que acabar con él... ¡Atención...! ¡Apunten...! ¡Fuego...!

*Tal parece que van a disparar, pero de nuevo se oyen unas detonaciones. Se detienen, furiosos, les dan con la culata de las metralletas y las empujan, hasta que caen. Después salen corriendo. La Magdalena se acerca a Porota y Palta, ayudándolas a incorporarse, hasta que se sientan en el tronco del árbol.*

Palta: Esos hombres están encabritados.  
 Porota: ¡Ay, Magdalena, qué dureza y qué ensañamiento!  
 La Magdalena: Tranquilícense. No se pongan así.  
 Palta: De aquí hay que irse, Porota.  
 Porota: Pero, ¿adónde? Estamos atrapadas entre el Paraná y el Chaco. Nos han jodido de a muerte.  
 La Magdalena: Hay que resignarse. Yo no espero nada y quizás sea mejor así.  
 Palta: Nos han metido culatazos y dos rodillas en el vientre. Respirar no se puede.  
 La Magdalena: Siempre se puede un poco más.  
 Porota: Debe ser por eso que siempre estamos encarcavinados. Aquí se vive entre el sofoco y la asfixia.  
 La Magdalena: Cuando se es mujer, siempre se sabe sufrir más allá de lo que a una le parece.  
 Palta: ¡Pues está bueno!  
 Porota: Tengo bascas. Yo voy del asco a la repugnancia.  
 La Magdalena: ¿Y de qué sirve?  
 Palta: ¡Ay, Magdalena, qué manera de doblar el lomo y que se lo doblen a uno! Hemos trabajado como bestias en el sembradero de la miseria, donde no crecen ni las ortigas ni el cardo.  
 Porota: (A La Magdalena.) Sé buena y traenos un buchito de café. A menos que para eso haya que entrarse a machetazos.  
 Porota: ¿Es que hay que ser gamberra para meterle a esa tetera de agua sucia?

*La Magdalena va a prepararles el café.*

Palta: Espero que esos hombres se acribillen a balazos. Nuestra única esperanza es que se desangren.  
 Porota: ¡Qué utópica eres! No hay nada perfecto en este mundo. Uno abrigaba sueños, ilusiones, pensando que todos estaban muertos y enterrados, ¡y ya ves!

*Rien. La Magdalena vuelve con dos pocillos de café.*

La Magdalena: No sé cómo tienen ánimo para reírse en medio de tantas desgracias.  
 Palta: ¿Y qué podemos hacer? Aquí llorar es darse ánimo.  
 Porota: Nos refocilamos en nuestra pena, que es relajante y laxativo.  
 Palta: Nos aflojamos en esta vida de purgante, porque de todas formas nos perforarán lo mismo.  
 Porota: Hace meses le metíamos miedo al susto con el revuelo de las arpías, pero ahora no tenemos fuerza para dar el salto y si lo diéramos sería el salto de los grillos. Nos arropamos con nuestra lengua de venablo, porque es la única bellaquería con la que nos podemos consolar. Somos unas desgraciadas como todas las mujeres que aquí han parido, pero somos tan viejas que ya no podemos ni parir.

*Se oye un grito desarticulado, alarido, aullido animal, humano. Las mujeres se desconciertan. Momentos después, en avanzado estado de gestación y vestida como en el acto anterior, entra La Asunción, muy alarmada.*

La Magdalena: ¡Asunción!

*Al verla, La Magdalena corre a su lado. Luce muy débil. La Magdalena la sostiene primero, caminando con ella, ayudándola a sentarse en el madero.*

La Asunción: ¿Qué ha pasado aquí? ¿Quién da esos gritos?  
 La Magdalena: No debiste venir sola. No estás para hacer disparates, Asunción. Estás muy débil. Te podrías caer y eso no es bueno para ti, en tus condiciones.  
 La Asunción: Dios me acompaña, Magdalena.  
 La Magdalena: De todos modos.

*Burlonas, Porota y Palta las contemplan desde el otro extremo del escenario.*

Porota: ¡Qué par de estampas!

Palta: ¡Y con qué compañía!

*Se inicia un gradual cambio de luz.*

La Asunción: Quisiera ayudar. Me siento inútil viendo como los demás trabajan y sufren.

La Magdalena: No estás en condiciones para hacerlo; y, además, no eres inútil. No olvides que has concebido.

La Asunción: Dicen que La Paraguaya también.

La Magdalena: Eso será otra cosa.

Porota: *(Aparte, burlona, hacia el público más bien.)* Que es como decir lo mismo.

Palta: *(Aparte, burlona, hacia el público más bien.)* Dios los cría y ellas se juntan... Ellas, para parirlos; ellos, para entrarse a tiros.

La Asunción: *(Siguiendo el diálogo con La Magdalena.)* ¿Tú crees que fuera ella la que pegó ese grito?

La Magdalena: Es posible. Parecía el alarido de una bestia.

La Asunción: ¿O La Ipacarai?

La Magdalena: A La Ipacarai la tienen amordazada.

La Asunción: Era algo horrible, como si a alguien le hubieran desgarrado las entrañas. Me siento mal de sólo pensarlo.

La Magdalena: Estás muy pálida. Has perdido el color.

La Asunción: A veces me parece que me voy a desmayar.

La Magdalena: Déjame traerte un poco de café. Te ayudará a sentirte mejor.

*La Magdalena vuelve a la fogata en busca de café. Lo sirve en un pocillo y se lo lleva a La Asunción.*

Porota: Yo me muero de sueño, entre la pena y el aburrimiento.

Palta: Por lo menos tendremos un respiro, Porota.

Porota: Ojalá que sea largo y tendido.

Palta: Lo que soy yo voy a ver si echo un pestañazo.

Porota: Esa carta te escribo.

Palta: Hay que aprovechar mientras dure, que ya nos tocarán tempestades.

Porota: Yo no tengo ojos.

Palta: Y yo no tengo oídos.

*Porota y Palta, ovilladas uterinamente, se tiran a dormir la siesta junto al tronco del árbol. La luz sombría del principio del acto ha ido cambiando gradualmente, adquiriendo ahora, en la escena que va a tener lugar entre La Asunción y La Magdalena, una especial luminosidad, no muy exagerada pero de obvia connotación religiosa. La escena misma así lo es, como queda implícito en el texto. Esto debe complementarse con el tono, los gestos y los movimientos de las dos mujeres.*

La Asunción: ¡Si pudiera hacer algo, Magdalena, si pudiera... ! ¡Aquí todos hemos sufrido tanto! Hasta esas dos pobres viejas, que se burlan de nosotras porque no tienen lágrimas para llorar sus desgracias. ¿Qué otra cosa pueden hacer? Ahora las comprendo, como no las comprendía antes. De pronto, es como si también las llevara dentro. Este es un páramo donde yo quisiera traer un poco de luz, de piedad y de cariño, para hacer más llevaderas estas cadenas.

La Magdalena: Lo traes, Asunción. En medio de nuestras tristezas te vuelves nuestro consuelo, nuestra esperanza y nuestra salvación.

La Asunción: Muchas veces pienso que no es suficiente. Es como si nos faltara algo. Miro alrededor y cuando contemplo toda esta miseria me doy cuenta que no, que no es suficiente. No es posible que me conforme yo misma con el dolor de ustedes. Si fuera suficiente, las cosas serían de otro modo, ¿no te parece?

La Magdalena: ¿Cómo puedo saberlo yo, Asunción, que soy la más infeliz de todas las mujeres? Yo no valgo nada, y es por eso que cuando te miro a ti, que eres inocente, pienso que eres la que lo puedes todo.

La Asunción: Pero no es así. Yo soy débil. Recuerda que eres tú la que me sostiene. No puedo existir sin ti, porque tú me ayudas a que yo sea. Eres tú la que me alimenta y es de ti de quien recibo.

La Magdalena: No hables así, Asunción, que me desconciertas. Si no eres tú la que lo puedes todo, ¿quién puede serlo?

La Asunción: Ustedes.

La Magdalena: No es posible, Nosotras no hacemos otra cosa que atesorar culpas, que llevamos encerradas en nosotras mismas como en un útero cerrado. Estamos preñadas de larvas que han gestado estos siglos de penas. Es como si nuestro vientre incubara un castigo que se encadena en otro castigo, una condena que no se rompe con ninguna fuente. Atrapada en el útero, vivo ovillada dentro de mí misma, sin poder salir a la luz, regresando al lugar de mi partida. Vivo el pasado en el martirio del presente, afe-

rrado a mí en el ayer como si fuera mi futuro. Son cien años de soledad en un siglo de arcilla. (*Arrojándose a los pies de La Asunción.*) No, Asunción, no me digas que tu vientre es el mío. No mates las pocas esperanzas que hay en mí.

La Asunción: No, Magdalena, no mato las esperanzas, sino que las rescito. Si tú piensas en mí como si yo fuera una criatura inmaculada y mi vientre lo fuera, es porque tú lo eres y tu vientre lo es.

*La Asunción comienza a pasarse las manos por el vientre, que La Magdalena, arrodillada ante ella, empieza a tocar tímida y ceremonialmente. Porota y Palta se mueven y se estiran, colocando las manos sobre el vientre de igual modo a como lo hace La Asunción.*

La Asunción: He pensado mucho durante estos nueve meses que van llegando a su fin. A veces trato de entender aquel minuto de violencia, pero no lo recuerdo. Es como si no lo hubiera vivido, como si no fuera mío. Sólo existe el fruto de mi vientre, que es el amor. Pienso que lo que se está gestando es el amor mismo, no sólo aquí, sino también en el vientre de La Paraguaya. No puede ser de otro modo. Es como si nos estuviéramos gestando en nuestro propio seno, como si éste fuera también nuestro propio parto, el mío y el de La Paraguaya, el tuyo y el de La Ipacarái, el de Porota y Palta; como si todas fuéramos una, una sola, creando y creándonos a la vez. Pienso en mí como si pensara en un espejo y fuera un espejo de amor para todos, no sólo para nosotras. Es como si en nosotras estuviera el parto del mundo. Levanta la cabeza y mírame, que yo soy tú, y mírame como si fuera a ti a quien miraras, porque el mundo va a nacer otra vez.

*La Magdalena levanta la cabeza. Porota y Palta, algo confundidas, también lo hacen. Quedan en suspenso, como si algo irreal hubiera tenido lugar, marcado solamente por la quietud, el silencio y, cuándo más, una claridad muy intensa. De pronto, todo se transformará en un crepúsculo rojo. Entran El Viejo seguido por El Torvo y El Golfo, todos en actitud agresiva, como enloquecidos.*

Viejo: Al Norte... Al Sur... Al Este... Al Oeste... He disparado en todas direcciones y por todas partes... Tiene que estar muerto...  
Torvo: Cálmate, Viejo.  
Golfo: Tranquilízate.

Viejo: El Hombre que me persigue...  
Torvo: Piensa.  
Viejo: El tigre que me acecha...  
Golfo: Razona.  
Viejo: El destino que me acosa...  
Torvo: Descansa.  
Viejo: El puñal que me quiere matar...  
Golfo: Duerme.  
Viejo: ¡Carajo! ¡Ustedes no sirven para nada! ¡He tenido que matar a todos los hombres habidos y por haber!  
Torvo: (*Mirando a Golfo con intención.*) Sólo quedamos nosotros dos, Viejo.  
Golfo: (*Mirando a Torvo con intención.*) Que somos los que te guardamos las espaldas.  
Viejo: (*Mirándolos fijamente.*) Tiene que estar muerto.  
Golfo y Torvo: (*Desviando la mirada del Viejo, mirándose rápidamente uno al otro y volviendo la espalda.*) Tiene que morir.  
Viejo: (*Razonando, intranquilo, alejándose.*) Me quieren perder... Quieren acabar conmigo... (*Desentrañando la verdad.*) En el fondo del ojo... En el fondo de la pupila... En las entrañas del agua... (*Comprendiendo la verdad.*) ¡Esa mujer, coño! ¡La Ipacarái! ¡Es ella, carajo, la que lo tiene escondido en un cabrón útero de agua, en una fuente maldita donde lo gesta y lo amamanta! (*Al Golfo y al Torvo.*) ¡Pronto! ¡Traíganme a la Ipacarái para arrancarle toda la verdad y después pegarle un tiro!

*Salen El Golfo y El Torvo. Temerosas, las mujeres se han ido apartando.*

Viejo: (*Recordando.*) Aquella noche... Cuando salimos de la selva y llegamos aquí... Ella estaba ahí, sosteniéndome la mirada... Y era... Era como si hubiera llegado al fondo del lago... ¡El lago de Ipacarái! Esa agua estancada... Esa pátina gris... Esa cuna de nuestra sangre... Y aquel fondo azul, más allá, donde estaba el Hombre del Agua, el que yo creía extinguido, la leyenda de mi perdición... ¡El Hombre del Agua! ¡El futuro de mi muerte! (*Pausa.*) Pero no la maté, como debí haberlo hecho... Di un paso atrás... El paso que nunca había dado... Me hizo temblar la mano por primera vez... Cuando la miré vi en el fondo de sus ojos todos nuestros crímenes y nuestros muertos encerrados en ese lago de Ipacarái que ella guardaba en la pupila. (*Violento,*

*sacando un puñal.*) Pero ahora acabaré... De un tajo... Como quien corta la cabeza... Allí se reúnen todas las fronteras: el peligro que me acecha, la Garganta del Diablo que me quiere arrastrar en su corriente. ¡Soy la destrucción y la muerte y nadie podrá conmigo...! He nacido para matar como otros han nacido para dar vida, y tengo que cumplir mi destino... Nada podrá detenerme... ¡Acabaré con él como se acaba con la resurrección y la vida!

*El Golfo y El Torvo regresan con La Ipacarái, que viene amordazada. La empujan, la golpean y la agarran brutalmente, como temiendo que se les pueda escapar. Ella forcejea.*

Viejo: Dejen que hable y que grite por última vez, antes que calle para siempre... Porque antes voy a arrancarle a ese Hombre del Agua que tiene escondido en el fondo de la pupila.

*El Viejo se acerca y le arranca la mordaza. Se vuelve y se aleja, quedando al otro extremo del escenario. El Torvo y El Golfo sueltan a La Ipacarái, pero le apuntan con las metralletas. A ambos extremos del escenario, El Viejo y La Ipacarái quedan frente a frente.*

La Ipacarái: No podrás conmigo ni con él porque ese Hombre está escondido en las entrañas del agua y no saldrá hasta cuando estés muerto. Allí está, más allá de ti, protegido por el agua con la cual quisiste ahogarlo, donde se ahogaron tantos otros que quisieron escapar de ti; agua límpida él mismo que nos sacará al fin de este matadero donde hemos sido sacrificados siglos tras siglos, como si fuéramos un rito a los dioses de la guerra. ¡Pero ahora no! Su sobrevivida será tu destrucción, la salvación de un pueblo y nuestro destino. *(Pausa.)* Eres una paradoja de ti mismo. *(Pausa.)* Yo no entendía, pero ahora lo entiendo todo. Esta espera que ya es un regreso. *(Pausa.)* ¡Mírame bien y márame si puedes, pero tu mano te temblará como aquella noche en que me miraste por primera vez y viste todos los crímenes en la conciencia de tus ojos! Por eso me amordazaste. Para no oírte a ti mismo. Para no saber lo que ya tienes sabido. Pero yo todo lo tengo grabado en la memoria como si tus muertos salieran de un callejón sin salida, y es como si todo lo viera en el infierno plateado de nuestro espejo, de nuestro lago de Ipacarái... Mira esa pátina de plata que lo cubre, que es el

llanto de nuestra tristeza: esa lápida gris de agua que es nuestro mármol y su fondo de arcilla. Pero más allá del Infierno está la Resurrección y más allá del fango está el Hombre del Agua.

*Agresiva, La Ipacarái ha ido avanzando hacia El Viejo, quedando ahora al centro del escenario, firme. Entonces El Viejo avanza hacia ella.*

Viejo: Eso es lo que tú piensas, pero no lo que decido yo. Hay que acabar contigo porque tú eres peor que todas las fieras de la selva. Eres nuestra perdición. El lago de nuestra muerte del que nadie puede salir. La otra orilla a donde siempre nos has llevado. No son nuestros muertos, son los tuyos, Ipacarái, un cultivo de siglos. Has perseguido a todos los hombres de la tierra, enterrándolos en tu estanque de fuego. Ese fondo rojizo son las llamas donde nos quemas. Mi padre me lo dijo aquella noche en que te miró a los ojos y eran la lava de un volcán escondido, un torrente de lava donde quemabas a los hombres en el fondo del agua. Estás al descubierto y no habrá cuchillo que te salve. En ti está todo nuestro odio y con él te consumiremos, hasta volverte ceniza, esparcirlas al viento y cubrirte con la pátina gris que es el color de tu muerte. Mi padre gobernó este pueblo con el látigo, porque no hay otro modo de gobernar a sus hombres y mujeres. Aquí todos estamos condenados al silencio, que es nuestra forma de gritar y es nuestro aullido yaguareté. Lo perdiste a él porque no mató lo suficiente. Creía que no le quedaban enemigos sobre la tierra, que el cauce del agua estaba dormido, eternamente muerto como una selva que se había cansado de sí misma. Pero en el fondo estabas tú. Vagabas como un fantasma enterrando a todos los muertos del mundo. Encerrabas en tu espacio el fragor de la primera vez y la última. Eres un despeñadero inmóvil donde caen todos los cadáveres de todos los tiranos de la tierra. Pero nosotros también somos un torrente. No lo olvides. Aprende la lección. De nada valdrá que entierres nuestras armas, que robes nuestros puñales. ¡Somos los Dioses de la Guerra, que devoramos a nuestros propios hijos!

*Furiosa, La Ipacarái se lanza hacia El Viejo. El Golfo y El Torvo la retienen por la fuerza. Están en el centro del escenario.*

La Ipacarai: ¡Acaba, acaba si puedes! Aquí te entrego mi garganta para que la abras. ¡Haz de ella un tajo, un despeñadero! ¡Haz de mí un volcán de agua! Quiero ser el estruendo que debería ser, la catarata que no he sido, liberar mis aguas de su lecho de arcilla. Quiero ser el fragor que me lance al abismo y no la represa que me contenga y que me encauce, represa del Itaipú que has hecho de mí, para llevarme donde a ti te convenga. ¡Déjame hervir en mi pendiente! Acabaría por siempre con todos los regresos y ya no habría marcha atrás, sino hacia adelante. Saldría de esta apatía de siglos. De este paisaje sin aire. De esta sequía de agua a la que he sido condenada. ¡cobarde, asesino, mírame de una vez! ¡Atrévete en mis ojos! Yo soy el vórtice de ti y tú eres el miserable que me ha encerrado! Te escondes porque me has hecho. No das la cara porque no conoces otra voz que la que hay en tu mano de hierro. Contempla de una vez por todas tus pirámides de muertos. Mira en la bóveda de mis ojos el agua donde los tienes encerrados. ¡Tu lago de Ipacarai! ¡Tus puertos sin mar y sin puentes! Pero no podrás hacerlo. Nunca podrás cortar el cuello por donde grito, la garganta por donde respiro, el útero donde está escondido el puñal de tu muerte! ¡Asesino de mujeres, mira al fondo de mis ojos y mírate tú! No los cierras como si vinieras a cumplir un destino de leyenda. Mírame bien, que en mis ojos llevo tu cabeza de Medusa. Pero allí está también el agua de la salvación que finalmente hará justicia. ¡El Hombre del Agua al que nunca podrás exterminar! ¡Todos los ahogados que resucitan! ¡Clávate el puñal en el corazón, en el odio de tu propio lago, y déjame ser la Diosa del Ipacarai y correr como un torrente!

*La Ipacarai forcejea, trata de soltarse. El Viejo se le acerca con el puñal en alto, pero desviando la mirada. El Torvo tira de los cabellos de la mujer, que está con la cabeza hacia atrás, forzada a ofrecer su garganta al puñal de El Viejo.*

Golfo y Torvo: ¡Mátala, Viejo! ¡Acaba de una vez! ¡No jodas más!

*De pronto se vuelve a escuchar, más desgarrador y más cerca, el grito inhumano, desarticulado, que se oyó anteriormente.*

Golfo: ¡Es la yagareté! Es la yagareté hembra que al fin ha caído en la trampa que le hemos tendido.

Torvo: Es la Paraguaya, que va a aprender su lección y que ahora no se nos escapará de entre las piernas.  
 Torvo: ¡Pronto, Viejo!  
 Golfo: ¡Déjanos vivir!  
 Torvo y Golfo: *(Refiriéndose a La Ipacarai, que no han soltado.)* ¡Mátala, Viejo! Acaba de una vez!

*Se vuelve a oír el grito. Aumenta el desconcierto.*

Viejo: *(Refiriéndose, indirectamente a La Paraguaya.)* Ahora sí, coño. Es la cabrona Paraguaya que no deja de joder. ¡A esa hay que matarla también! *(Tira el puñal y desenvaina un machete.)* ¡A esa le voy a cortar la cabeza de un solo tajo!

*El Viejo corre hacia el frente del escenario para ir a matar a La Paraguaya, cuyos últimos gritos tal parece que proceden del auditorium. La Ipacarai forcejea. El Golfo y El Torvo terminan por soltarla y ella escapa hacia el fondo del escenario. Todo muy rápido. El Torvo y El Golfo, en vez de seguir a La Ipacarai se vuelven hacia El Viejo, que está de frente al público, apuntándole con la metrallera.*

Torvo y Golfo: ¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡No nos deja vivir! ¡Hay que acabar con él! ¡Dispara de una vez!

*Disparan, pero en ese momento El Viejo se vuelve, disparando a su vez. Heridos de muerte, todos van el uno hacia el otro, hasta reunirse en el centro del escenario. En el momento de la muerte, los cuerpos caen abrazados, como si se sostuvieran los unos a los otros, un torso junto al otro torso. Los brazos se entrelazan y tuercen y después dejan caer la cabeza una sobre la otra, formando un grupo siniestramente escultórico. El crepúsculo rojo se oscurece de forma luctuosa. Los cuerpos de los tres hombres desaparecen en la oscuridad. Se escuchan unos acordes musicales que anticipan la presencia de La Diosa del Iguazú, y cuando una luminosidad azul empieza a inundar el escenario, ya los cadáveres no están allí. La Diosa del Iguazú, inmóvil, domina el centro de la escena *(Un video de las cataratas del Iguazú, sería una opción adicional como fondo de la escena.)**

La Diosa del Iguazú: Una gota de agua puede ser un torrente de espuma. Pero, ¿cómo podía anticiparlo? Había, justamente, nacido, y sólo era

capaz de reconocer mi propia transparencia. Yo, inocente, iba y me dejaba llevar, cumpliendo mi destino de agua. Se desanudaba la red en una desnudez de espuma y nacíamos en la noche en un paisaje de magia. Mi gota de agua se volvía torrente de luz en la fuente del Ipacarái, que se rompía y se abría en noches de soles, para darnos la vida. En mi inocencia de gota transparente lo soñaba todo y no conocía nada, envuelta en la delicia del nacimiento y el logro de la plenitud. Como un torrente nos abrazábamos. Al nacer, vivíamos las delicias de Eros, recibiendo aquella lluvia que sólo entendía como amor y resurrección, parto y vida. Trascendíamos en estado puro, éter mismo, luz, e íbamos formando lentamente las gotas del arco iris.

*Cuando se retira La Diosa del Iguazú queda en el centro del escenario una red de pescadores con un hombre desnudo en una postura fetal. Tiene el pelo mojado, como si lo hubieran sacado del agua. La posición ovillada del hombre en la red, cubre parcialmente su desnudez. La Ipacarái está de pie al centro del escenario, detrás del hombre en la red. Al frente, de un lado, La Paraguaya, vestida como en el acto anterior y en avanzado estado de gestación; del lado opuesto, La Anunciación y La Magdalena. Al fondo, cerca de los cultivos, Porota y Palta. Todo debe producir un efecto marcadamente plástico, de carácter pictórico y escultórico.*

La Paraguaya: Ahora podrán descansar ellos también. Descansaremos todos y volveremos a la vida. No los odio, pero han hecho mucho daño. Eran hombres de barro. Sólo entendían la vida en la medida de la muerte, el estruendo y la guerra, la conquista y el poder. Vivían en cadenas de fuego y sólo fecundaban en la embriaguez de la sangre. Pero yo era la selva. Entendía el lenguaje del yaguararé como si fuera el mío. Me tendía sobre la tierra vuelta la tierra misma, dando los frutos de mi páramo salvaje y primitivo con la fecundidad de la selva que nos rodea. Nadie podía retenerme porque yo entendía la vida en mi caos de fuego.

*La Paraguaya está frente a La Asunción, que está ya de pie junto a La Magdalena. La Paraguaya y La Asunción se miran largamente y después se abrazan.*

La Paraguaya: Perdóname, Asunción.

La Asunción: Yo no tengo que perdonar nada. Nadie tiene que perdonar. Tú eres mi hermana. Existo en la medida de ti de igual modo que tú existes en la medida de mí misma.

La Paraguaya: A veces pienso que somos el barro de Dios.

La Asunción: No puedo explicar nada. Sólo entiendo la misericordia y el amor.

*Sosteniéndose mutuamente y ayudadas por La Magdalena, La Paraguaya y La Asunción se dirigen al fondo del escenario. Del lado opuesto, otro tanto hacen Porota y Palta. Agrupadas, formando también una especie de grupo escultórico y dando un efecto de unidad, están a punto de salir.*

La Magdalena: ¿Y La Ipacarái?

*Todos se vuelven.*

La Paraguaya: Miren el lago. Ahora todos vamos hacia él como si tuviera su cauce de río y su torrente de agua. Está todo cubierto de espuma. Mírale a los ojos, Ipacarái, y al fin tú también quedarás libre, porque sólo amando podrás serlo. Mírale a los ojos y no verás en ellos una gota de sangre.

*Se vuelven nuevamente La Paraguaya, La Asunción y La Magdalena. Porota y Palta, a punto de salir, se detienen. Una de ellas toma la cruz y la otra la bandera, que están tiradas por el piso. Después, salen. Por unos momentos quedan La Ipacarái y el hombre solos en el escenario. Lentamente La Ipacarái comenzará a desanudar la red mientras cae el telón.*